

JUAN PALOMO.

SEMANARIO

SATIRICO Y LITERARIO

CON CARICATURAS DE LANDALUZE.



TOMO SEGUNDO.

NOVIEMBRE DE 1870 Á DICIEMBRE DE 1871.

HABANA.

IMPRESA.—LA PROPAGANDA LITERARIA.—LIBRERIA.
CALLE DE O'REILLY, NUM. 54.

1872.

Ayuntamiento de Madrid

M
a, p
Teo
por
ñas.
ias:
Pit
resp
Sart

M
Juan
de l
tos
ra.
va V
de
Coi
Jua
ro.
por

M
Pa
Ce
Ep
D.
mu
de
Ca

Ju
Re
nig
po
de
Sa

di
Ju
G
R
J
F
R
C

to
k
P
J
d
I
c
C

I
t
s
t

INDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE EL SEGUNDO TOMO.

Número 1º

Menestra semanal, por Juan Palomo. El arte de la guerra, por Juan de Austria. La corona de más ley, fábula, por Teodoro Guerrero. Semblanza de la Emperatriz Eugenia, por Juan Diente. Primer aniversario, por Juan de las Viñas. Los Juanes de antaño, por Juan de las Viñas. Epístolas de Nueva York, por John Bull; de Barcelona, por Serafi Pitirra. La Hibernia por la mañana, por Juan Asecas. Correspondencia de la manigua, poesía, por Juan Centellas. Sartenazos. Advertencias. Caricaturas, por Don Junípero.

Número 2.

Menestra semanal, por Juan Palomo. Perros y gatos, por Juan de Austria. Parque de artillería, poesía, por Juan de las Viñas. ¿Cómo se llama? por Juan Dandolo. Cuentos de manigua: La partida de la muerte, por Juan Sin-Tierra. El café, soneto, por R. de Medina. Epístola de Nueva York, por John Bull. Los Juanes de antaño, por Juan de Juanes. Historia sentimental, poesía, por Juan Asecas. Combate naval, por Juan Tenorio. Teolora Lamadrid, por Juan Centellas. Sartenazos. Caricaturas, por Don Junípero. Retratos del duque de Aosta y de Teodora Lamadrid, por Cisneros.

Número 3.

Menestra semanal, por Juan Palomo. Teatro, por Juan Particular. Correspondencia de la manigua, poesía, por Juan Centellas. Los Juanes de antaño, por Juan de Juanes. Epístola de Nueva York, por John Bull. Semblanza de D. Joaquín Estébanez, por Eusebio Blasco. El Eden del mundo, poesía, por José Bismonte y Ortega. La partida de la muerte, por Juan Sin-Tierra. Sartenazos. Anuncios. Caricaturas, por Don Junípero.

Número 4.

Menestra semanal, por Juan Palomo. Gran bazar, por Juan Particular. A Cuba, poesía inédita de Camprodon. Revoltillo teatral, por Juan Particular. Escenas de la manigua, poesía, por Juan Centellas. Epístola de Nueva York, por John Bull. Semblanza del barón de Moltke, por Juan de Austria. La partida de la muerte, por Juan Sin-Tierra. Sartenazos. Anuncios. Caricaturas, por Don Junípero.

Número 5.

Menestra semanal, por Juan Palomo. La cartilla, comedia de magia, por Juan Centellas. Revoltillo teatral, por Juan Particular. La luz de la razón, fábula, por Teodoro Guerrero. La partida de la muerte, por Juan Sin-Tierra. Reglas de economía privada. Epístolas de Nueva York, por John Bull; de Puerto-Rico, por Juanito. Larra juzgado en Francia, por Juan Diente. Semblanza del emperador de Rusia, por Juan Lanás. Sartenazos. Boletín bibliográfico. Caricaturas, por Don Junípero.

Número 6.

Menestra semanal, por Juan Palomo. Un solo de patente, por Juan Dandolo. La misión, poesía, por Juan de Austria. Revoltillo teatral, por Juan Particular. La partida de la muerte, por Juan Sin-Tierra. Epístola de Puerto-Rico, por Juanito. Boceto a la pluma del duque de Aosta, por Juan Lanás. Amor de un sereno, poesía, por Antonio E. de Zafra. ¡Tengo sueño! por Juan Camama. Sartenazos. Boletín bibliográfico. Caricaturas, por Don Junípero. Cincuenta retratos de los defensores de Cuba Española, por Cisneros.

Número 7.

Menestra semanal, por Juan Palomo. Sépase quién es Callejas, por Juan Centellas. Un proyecto, por Juan Dandolo. Revoltillo teatral, por Juan Particular. Ecos perdidos, poesía, por Juan Asecas. Epístola de Nueva York, por John Bull. Boceto a la pluma del Mariscal Bazaine, por Juan Lanás. La partida de la muerte, por Juan Sin-Tierra. Sartenazos. Boletín bibliográfico. Caricaturas, por Don Junípero. Araña simbólica, por Cisneros.

Número 8.

Menestra semanal, por Juan Palomo. Noche Buena, por Juan Perez. Lo que hoy se dice... por Juan Centellas. La partida de la muerte, por Juan Sin-Tierra. El portal de Belen, poesía, por Juan de las Viñas. Epístola de Nueva York, por John Bull. Semblanza del Sr. de Pavo, por Juan de Austria. Revoltillo teatral, por Juan Particular. Cantares de Noche Buena, por Juan Chicote. Sartenazos. Boletín bibliográfico. Caricaturas, por Don Junípero.

Número 9.

Menestra semanal, por Juan Palomo. La agonía del De moderata, por John Bull. A. S. A. el Duque de Aosta, epístola, por Manuel del Palacio. Semblanza de Alejandro Dumas, por Juan Lanás. Revoltillo Teatral, por Juan Particular. Epístola de Nueva York, por John Bull. Profecías para el año 1871, por Juan Chicote. El santo de Pepa, por Antonio Enrique de Zafra. ¡1870!! necrología, por Juan de las Viñas. Sartenazos. Boletín bibliográfico. Caricaturas, por Don Junípero.

Número 10.

Menestra semanal, por Juan Palomo. Los tres reyes vagos, por Juan Centellas. Arrullos, por Teodoro Guerrero. La partida de la muerte, por Juan Sin-Tierra. Madrid de día, poesía, por Don Juan de Aragón. Epístola de Nueva York, por John Bull. Semblanza de D. Juan Prim, por Juan de Austria. A Gaspar, Melchor y Baltasar, epístola, por Juan de las Viñas. Revoltillo teatral, por Juan Particular. Sartenazos. Boletín bibliográfico. Caricaturas, por Don Junípero. Retrato de Prim y López de Ayala, por Cisneros.

Número 11.

Menestra semanal, por Juan Palomo. Me pongo grave, por Juan Perez. Una voz de América y una voz de España, por Un Mexicano. Mescolanza, por Juan Centellas. Monólogo sentimental, por Juan de las Viñas. Revoltillo teatral, por Juan Particular. Epístola de Nueva York, por John Bull. La partida de la muerte (conclusion), por Juan Sin-Tierra. Sartenazos. Boletín bibliográfico. Caricaturas, por Don Junípero y Cisneros. La mujer de Céspedes, retrato, por Cisneros.

Número 12.

Menestra semanal, por Juan Palomo. ¡Apostemos! por Juan de las Viñas. Bebes, por Juan Perez. A los poetas y escritores colombianos, poesía, por J. M. Gutierrez de Alba. El orgullo, por Juan Dandolo. Epístola de Nueva York, por John Bull. Revoltillo teatral, por Juan Particular. Semblanza de García Gutierrez, por Julio Nombela. Sartenazos. Boletín bibliográfico. Caricaturas, por D. Junípero. Retratos de la Sra. Frederice y de Emilio Mario, por Cisneros.

Número 13.

Menestra semanal, por Juan Palomo. ¡Soy de estuco! por Juan de Austria. Un veterano benemérito, por Juan Soldado. Boceto a la pluma de García Gutierrez (conclusion), por Julio Nombela. Madrid de noche, poesía, por D. Juan de Aragón. Epístolas de Nueva York, por John Bull; de Puerto-Rico, por Juanito. Un libro nuevo, por Juan Lanás. El rebuzno de Yara, por Eduardo Zamora y Caballero. Revoltillo teatral, por Juan Particular. Aniversario de la muerte de Castañón, por la Redaccion. Sartenazos. Boletín bibliográfico. Caricaturas, por Don Junípero. Retrato de Juan C. Zenea, por Cisneros.

Número 14.

Menestra semanal, por Juan Palomo. Adelantos modernos, por Juan Dandolo. Semblanza de D. J. Bautista Topete, por Juan Lanás. Fotografía del corazón, por Teodoro Guerrero. Quien más sube, más se expone, fábula, por Ventura Ruiz Aguilera. Revoltillo teatral, por Juan Particular. Epístolas de Nueva York, por John Bull; de Madrid, por Juan Lorenzo. Sartenazos. Boletín bibliográfico. Caricaturas, por Don Junípero.

Número 15.

Menestra semanal, por Juan Palomo. El punto de la dificultad, por Juan de Austria. Se salvó la patria, por Juan Centellas. Fotografía del corazón, por Teodoro Guerrero. A la muerte de la insurrección, poesía, por Juan Tenorio. Epístola de Nueva York, por John Bull. Semblanza de George Ticknor, por Juan Lanás. Revoltillo teatral, por Juan Particular. Sartenazos. Boletín bibliográfico. Caricaturas, por Don Junípero.

Número 16.

Menestra semanal, por Juan Palomo. Morales Lémus y Enrique Piñeyro (I), por Juan Dandolo. Semblanza del general Cialdini, por G. B. Un baile de máscaras, por Alejandro Dumas. Epístola de Nueva York, por John Bull. Bromitas, por Juan de las Viñas. Revoltillo teatral, por Juan Particular. Un baile marítimo, poesía, por Juan Lanás. Sartenazos. Boletín bibliográfico. Caricaturas, por Don Junípero.

Número 17.

Menestra semanal, por Juan Palomo. Morales Lémus y Enrique Piñeyro (II), por Juan Dandolo. El trueno gordo, por Juan de las Viñas. Semblanza de Carlos Frontaura, por Julio Nombela. Epístolas de Madrid, por Juan Lorenzo; de Puerto Rico, por Juanito; de Cascorro, por Juan Lanás. Revoltillo teatral, por Juan Particular. Fotografía del corazón, por Teodoro Guerrero. Sartenazos. Boletín bibliográfico. Caricaturas, por Don Junípero.

Número 18.

Menestra semanal, por Juan Palomo. Morales Lémus y Enrique Piñeyro (III), por Juan Dandolo. Un potaje extranjero, por Juan Cantalera. Semblanza de Doña Teodora Lamadrid, por Julio Nombela. Aleluyas, por Juan de Austria. Epístolas de Nueva York (dos), por John Bull; de Madrid, por Juan Lorenzo. Revoltillo teatral, por Juan Particular. Sartenazos. Anuncio. Caricaturas, por Don Junípero.

Número 19.

Menestra semanal, por Juan Palomo. Morales Lémus y Enrique Piñeyro (IV), por Juan Dandolo. ¡Confiteor Deo!

(escenas de Cuaresma), por Juan de Austria. Semblanza de D. Manuel Calvo, por Juan Lanás. Epístolas de Madrid, por Juan Eloy; de Nueva York, por John Bull; de Guanaabacoa, por Juan de Dios. Serenata, poesía, por Juan de las Viñas. Sartenazos. Advertencia. Caricaturas, por Don Junípero. Retrato de D. Manuel Calvo, por Cisneros.

Número 20.

Menestra semanal, por Juan Palomo. Morales Lémus y Enrique Piñeyro (V), por Juan Dandolo. Semblanza de D. Manuel Ruiz Zorrilla, por Juan Lanás. Fotografía del corazón, por Teodoro Guerrero. Epístolas de Nueva York, por John Bull; de Madrid, por Juan Lorenzo. El valor de las flores, poesía, por Juan Sin-Miedo. Revoltillo teatral, por Juan Particular. Sartenazos. Boletín bibliográfico. Caricaturas, por Don Junípero.

Número 21.

Menestra semanal, por Juan Palomo. Morales Lémus y Enrique Piñeyro (VI), por Juan Dandolo. Rumores, por Juan Lanás. Semblanza de D. Manuel Ortiz de Pinedo, por Julio Nombela. Epístola de Nueva York, por John Bull. Carta de Judas Iscariote a D. Miguel Aldama, por Juan de Austria. La liga y la pierna, poesía, por Juan de las Viñas. Sartenazos. Anuncios del Almanaque. Caricaturas, por Don Junípero.

Número 22.

Menestra semanal, por Juan Palomo. Morales Lémus y Enrique Piñeyro (VII y último), por Juan Dandolo. ¡Aguil! por Juan de Austria. Semblanza del Conde de Valmaseda, por Juan Soldado. Occidental, poesía, por Juan Tenorio. Epístola de Nueva York, por John Bull. Las solteronas, por Ricardo Sepúlveda. ¡Cáscaras! por Juan de las Viñas. Sartenazos. Anuncio del Almanaque de Juan Palomo. Caricaturas, por Don Junípero. Ataque y defensa de la torre óptica de Colón (Puerto-Príncipe), por Cisneros.

Número 23.

Menestra semanal, por Juan Palomo. Las salvadoras de patrias, por Juan de Austria. Las solteronas (retrato segundo), por Ricardo Sepúlveda. Semblanza del Conde de Valmaseda (conclusion), por Juan Soldado. Epístolas de Nueva York, por John Bull; de Madrid, por Juan Lorenzo; de Puerto-Rico, por Juanito. Al rey de España Amadeo I, poesía, por A. García Gutierrez. Sartenazos. Boletín bibliográfico. Caricaturas, por Don Junípero.

Número 24.

Menestra semanal, por Juan Palomo. ¡Si triunfasen ellos! por Juan de Austria. Cesáreo Sanchez y Miguel Perez, por Juan Centellas. Las solteronas (retrato tercero), por Ricardo Sepúlveda. Epístola de Nueva York, por John Bull. Las conquistas, por Juan Cualquiera. Pisto matemático, por Juan Lanás. Semblanza de Enrique Perez Escrich, por Julio Nombela. Sartenazos. Boletín bibliográfico. Caricaturas, por Don Junípero y Cisneros. Retratos de D. Cesáreo Sanchez y D. Miguel Perez, por Cisneros.

Número 25.

Menestra semanal, por Juan Palomo. Ametralladora modelo, por Juan de Austria. Semblanza de Eduardo Zamacois, por Julio Nombela. Retraimiento y coaliciones, poesía, por Manuel del Palacio. Las solteronas (retrato cuarto), por Ricardo Sepúlveda. Epístolas de Nueva York, por John Bull; de Madrid, por Juan Lorenzo. La vida humana en casa de un peluquero, por Juan Cualquiera. Sartenazos. Anuncios. Caricaturas, por Don Junípero.

Número 26.

Menestra semanal, por Juan Palomo. Puede suceder.... por Juan de Austria. Apuntes sobre un apunte, por Juan Lanás. Semblanza del Conde de San Luis, por Juan Centellas. Un sueño, soneto, por Miguel Suarez y Pesquero. Epístola de Nueva York, por John Bull. ¡El dos de Mayo! poesía, por Juan de las Viñas. Carta de un peninsular a Juan Palomo, por Antonio Arnao. Las solteronas (retrato quinto), por Ricardo Sepúlveda. Sartenazos. Caricaturas, por Don Junípero.

Número 27.

Menestra semanal, por Juan Centellas. La auxiliadora, por Juan de Austria. Semblanza de Emilio Arrieta, por Julio Nombela. Las solteronas (retrato sexto, séptimo y conclusion), por Ricardo Sepúlveda. Epístolas de Nueva York, por John Bull; de Madrid, por Juan Lorenzo; de Puerto Rico, por Juanito. La naturaleza en Cuba, por Antonio López Prieto. Sartenazos. Caricaturas, por Don Junípero.

Número 28.

Menestra semanal, por Juan Palomo. Estilo bíblico, por Juan de Austria. Fricasé europeo, por Juan Lanás. Semblanza de Luis Augusto Blanqui, por Juan Cualquiera. Tal para cual, poesía, por Manuel del Palacio. Epístola de Nueva York, por John Bull. Los cesantes, por Juan Diente. Cuentos de manigua: Las dos barajas, por Juan Sin-Tierra. Sartenazos. Boletín bibliográfico. Caricaturas, por Don Junípero.

Numero 29.

Menestra semanal, por Juan Palomo. Jeremías II, por Juan de Austria. La insurrección vista desde un estómago, por Juan Lanás. Las dos barajas, por Juan Sin-Tierra. En un álbum de flores, poesía, por R. de Medina. Epístolas: de Nueva York, por John Bull; de París, por Federico de la Vega. Semblanza de Ríos Rosas, por G. B. Régi. Municipi- ficancia, poesía, por Federico de la Vega. Sartenazos. Boletín bibliográfico. Caricaturas, por Don Junípero.

Numero 30.

Menestra semanal, por Juan Palomo. Otra liga, por Juan de Austria. Semblanza de Alfonso Karr, por G. B. Las dos barajas, por Juan Sin-Tierra. Epístolas: de Nueva York, por John Bull; de Madrid, por Juan Lorenzo. Los porteros, por Juan Diente. A los reyes de España, poesía, por Manuel del Palacio. Sartenazos. Anuncios. Caricaturas, por Don Junípero.

Numero 31.

Menestra semanal, por Juan Palomo. Calor y frío, por Juan de Austria. Semblanza de los comunistas de París, por Juan Diente. Las dos barajas, por Juan Sin-Tierra. En el álbum de Celia, poesía, por R. de Medina. Epístola de Nueva York, por John Bull. Carta de un fusil Remington á Céspedes, por Juan Lanás. La varita de virtudes, fantasía oriental, por Juan Centellas. Recuerdos del sitio de París, poesía, por Federico de la Vega. Sartenazos. Anuncios. Caricaturas, por Don Junípero. Retratos de los comunistas de París, por Cisneros.

Numero 32.

Menestra semanal, por Juan Palomo. Aquí estoy yo.... por Juan de Austria. El incógnito, poesía, por Juan de las Viñas. Las dos barajas, por Juan Sin-Tierra. En un banquete de boda, poesía, por Manuel del Palacio. Epístolas: de Nueva York, por John Bull; de Madrid, por Juan Lorenzo. Semblanza de Manuel Fernández y González, por Julio Nombela. Tal para cual, por Juan Diente. Sartenazos. Anuncios. Caricaturas, por Don Junípero.

Numero 33.

Menestra semanal, por Juan Palomo. Los padres de la criatura, por Juan de Austria. Las entretelas del laborantismo, por Juan Lanás. Semblanza de Amalia Ramírez, por Juan Cualquiera. Como una bomba, por Juan de las Viñas. Epístola de Nueva York, por John Bull. Las dos barajas, por Juan Sin-Tierra. Otra farsa más, por Juan Diente. Sartenazos. Boletín bibliográfico. Caricaturas, por Don Junípero.

Numero 34.

Menestra semanal, por Juan Palomo. Serenata, por Juan de Austria. Un buen Juan, por Juan Centellas. Las dos barajas, por Juan Sin-Tierra. Epigrama, por Juan de la Encina. Semblanza de JUAN PALOMO, por Juan de las Viñas. A JUAN PALOMO en sus natales, por Juan Soldado. ¡Al avío! por Juan Perez. La velada de San Juan, (cuento de la villa,) por Juan A. Vidma. Sartenazos. Felicitaciones. Caricaturas, por Don Junípero.

Numero 35.

Menestra semanal, por Juan Palomo. La Revalenta ár- biga, por Juan de Austria. Los caseros, por Juan Lanás. Semblanza de Mr. Julio Mirés, por G. B. Los héroes, poesía, por Juan Centellas. Epístolas de Nueva York, por John Bull. Las dos barajas, por Juan Sin-Tierra. Histórico, poesía, por Juan Lanás. Sartenazos. Boletín bibliográfico. Caricaturas, por Don Junípero.

Numero 36.

Menestra semanal, por Juan Palomo. La gran desazon, por Juan Lanás. Semblanza del canónigo Manterola, por Juan Cualquiera. Las dos barajas, por Juan Sin-Tierra. Epístolas: de Nueva York, por John Bull; de Puerto Rico, por Juanito. Murmuraciones, por Juan de Austria. Federico Cavada y Juan Osorio, por Juan Diente. Sartenazos. Boletín bibliográfico. Caricaturas, por Don Junípero. Retratos de Federico Cavada y Juan Bautista Osorio, por Cisneros.

Numero 37.

Menestra semanal, por Juan Palomo. Monerías, por Juan de Austria. Semblanza del General Cebollino, por R. Espinosa de los Monteros. Cuba Libre gritando, soneto, por Juan de Juanes. La Internacional (á domicilio), por Juan Lanás. El loco enfermo, poesía, por Juan de la Encina. Epístola de Nueva York, por John Bull. Las dos barajas, por Juan Sin-Tierra. De color de chocolate, por Juan de las Viñas. Sartenazos. Anuncios. Caricaturas, por Don Junípero. Retrato del General Cebollino, por Cisneros.

Numero 38.

Menestra semanal, por Juan Palomo. Españoles de nuevo cuño, por Juan de Austria. Semblanza de Mr. Daniel Francisco Auber, por A. F. y S. Las dos barajas, por Juan Sin-Tierra. Viaje imaginario, por Juan Lanás. Crónica de verano, poesía, por Juan de las Viñas. Cómo se baten los hombres, por A. Ll. A. Este mundo es un belén, poesía, por Juan Centellas. Sartenazos. Boletín bibliográfico. Caricaturas, por Don Junípero.

Numero 39.

Menestra semanal, por Juan Palomo. El petróleo, por Juan de Austria. Semblanza de D. Tomás María Mosquera, por Juan Diente. Las dos barajas, por Juan Sin-Tierra. Epístolas de Nueva York, por John Bull. Cuatro varas de

poesía, por Juan Lanás. Cómo se casan en el mundo, por A. Ll. A. Sartenazos. Sección de anuncios. Caricaturas, por Don Junípero.

Numero 40.

Menestra semanal, por Juan Palomo. Hablando en plata... por Juan Lanás. Semblanza de D. Ramon de la Sagra, por Juan Cualquiera. Suripantitis, por Juan de Austria. Epístola de Nueva York, por John Bull. La venta de conciencia, por Juan Diente. Carta de Rafael Quesada á Manuel idem, poesía, por Juan de las Viñas. Martirio, por Juan Dandolo. La Virgen del Pilar, por Juan Soldado. Sartenazos. Boletín bibliográfico. Caricaturas, por Don Junípero. Retratos de D. Manuel Ruiz Zorrilla y D. Tomás María Mosquera, por Cisneros.

Numero 41.

Menestra semanal, por Juan Palomo. La trocha militar, por Juan Soldado. Una jaula de locos, por Juan Lanás. ¡Viva Céspedes! por Juan de Austria. Epístola de Nueva York, por John Bull. Semblanza de Cánovas del Castillo, por Julio Nombela. Lo que decimos al acostarnos, por Juan Diente. La mujer que fuma, por Matilde Troncoso. Sartenazos. Anuncio. Caricaturas, por Don Junípero. Vista de la Trocha Militar, por Cisneros.

Numero 42.

Menestra semanal, por Juan Palomo. Parece mentira!... por Juan de Austria. Semblanza de Carlos Rubio, por Juan Cualquiera. Las dos barajas, por Juan Sin-Tierra. Epístolas: de Nueva York, por John Bull; de Puerto-Rico, por Juanito. La voz del patriotismo, por Juan Diente. Sartenazos. Boletín bibliográfico. Caricaturas, por Don Junípero.

Numero 43.

Menestra semanal, por Juan Palomo. A Don Fulano de Tal, por Juan Diente. El precio de la locura humana, por C. F. Crónica local, poesía, por Ricardo Sepúlveda. Hombre al agua, por Juan Lanás. Epístola de Nueva York, por John Bull. Semblanza del General Córdoba, por Juan Cualquiera. Las dos barajas, por Juan Sin-Tierra. Sartenazos. Boletín bibliográfico. Caricaturas, por Don Junípero.

Numero 44.

Menestra semanal, por Juan Palomo. ¡Pax vobis! por Juan de Austria. El sillón verde, por Juan el Flaco. Semblanza de Manuel del Palacio, por Julio Nombela. Epístola de Nueva York, por John Bull. Un día sin cable, por Juan Diente. Las dos barajas, por Juan Sin-Tierra. Sartenazos. Boletín bibliográfico. Caricaturas, por Don Junípero.

Numero 45.

Menestra semanal, por Juan Palomo. Política y hambre, por Juan Perez. En la masa de la sangre, por Juan de Austria. Semblanza de Emilio Castelar, por Julio Nombela. Epístola de Nueva York, por John Bull. Las dos barajas, por Juan Sin-Tierra. La internacional, poesía, por Juan Camama. Sartenazos. Anuncios. Caricaturas, por Don Junípero.

Numero 46.

Menestra semanal, por Juan Palomo. Armonías políticas, por Juan Perez. Un hombre regordete, por Juan de Austria. Las dos barajas, por Juan Sin-Tierra. Improvisación en el Cementerio, por Saturnino Martínez. Epístola de Nueva York, por John Bull. Semblanza de Antonio Hurtado, por Julio Nombela. Romería de Monserrat en Matanzas, por Juan Lanás. La etiqueta y el saludo, por A. Ll. A. Sartenazos. Caricaturas, por Don Junípero. Fiestas de Matanzas, por Cisneros.

Numero 47.

Menestra semanal, por Juan Palomo. Incompetencia legal, por Juan Canta-Claro. Armonías políticas, por Juan Perez. El gran tibur, por Juan Soldado. Las dos barajas, por Juan Sin-Tierra. Epístola de Nueva York, por John Bull. Semblanza de Ríos Rosas, por Julio Nombela. Sépase quién es Callejas, poesía, por Juan Claridades. Sartenazos. Comunicado. Caricaturas, por Don Junípero.

Numero 48.

La Redacción de JUAN PALOMO á D. Juan Martínez Villergas. Menestra semanal, por Juan Palomo. Armonías políticas, por Juan Perez. Verdades amargas, por Alejandro Chao. Epístolas: de Nueva York, por John Bull; de Puerto Rico, por Juanito. Semblanza de Sanchez Ruano, por Juan Cualquiera. Las dos barajas, por Juan Sin-Tierra. A una gitana, poesía, por Rafael Villa. Sartenazos. Caricaturas, por Don Junípero.

Numero 49.

Menestra semanal, por Juan Palomo. Cuatro meses de campaña, por Juan de Austria. La sartén por el mango, por Juan Perez. El susodicho regordete, por Juan de las Viñas. Epístola de Nueva York, por John Bull. Las casas de alquiler, por Juana de Arco. Las dos barajas, por Juan Sin-Tierra. Al insigne presidente de la República de Venezuela, poesía, por Juan el Feo. Sartenazos. Advertencias. Caricaturas, por Don Junípero.

Numero 50.

Menestra semanal, por Juan Palomo. Semblanza del General Crespo, por Juan Lanás. Las dos barajas, por Juan Sin-Tierra. Epístolas: de Nueva York, por John Bull; de Puerto Rico, por Juanito. Secretos, poesía, por Eusebio Blasco. Sartenazos. Caricaturas, por Don Junípero. Retrato del General Crespo, por Cisneros.

Numero 51.

Menestra semanal, por Juan Palomo. Armonías políticas, por Juan Perez. Un eco perdido, por Juan Diente. Semblanza del General Malcampo, por Juan Centellas. Para usted, por Juan Cualquiera. Epístolas: de Nueva York, por John Bull; de Puerto-Rico, por Juanito. Las dos barajas, por Juan Sin-Tierra. A tal D. Nicolás, poesía, por Juan de las Viñas. Sartenazos. Boletín bibliográfico. Caricaturas, por Don Junípero.

Numero 52.

Menestra semanal, por Juan Palomo. Vamos tirando, por Juan Perez. Semblanza de Víctor Balaguer, por Juan Lanás. Las dos barajas, por Juan Sin-Tierra. Epístola de Nueva York, por John Bull. Glosemos, por Juan de Austria. Cartas teatrales, por Juan Particular. La comida aragonesa, por Juan Soldado. Sartenazos. Caricaturas, por don Junípero.

Numero 53.

Menestra semanal, por Juan Palomo. Segundo aniversario de JUAN PALOMO, por Juan de las Viñas. Madrid en verano, por P. P. P. La vida de JUAN PALOMO, poesía, por Juan Soldado. Las dos barajas, por Juan Sin-Tierra. Memorias de un sacristán, poesía, por R. de Campoamor. Petrolicemos, por Juan Diente. Epístola de Nueva York, por John Bull. Semblanza de Offenbach, por G. B. Cartas teatrales, por Juan Particular. JUAN PALOMO, poesía, por Juan Perez. Sartenazos. Advertencias. Caricaturas, por Don Junípero.

Numero 54.

Menestra semanal, por Juan Palomo. De Madrid á... una encerrada, por Juan de las Viñas. Las dos barajas, por Juan Sin-Tierra. El Congreso borbónico, poesía, por Manuel del Palacio. Los paisanos de Mendez Nuñez. Epístolas: de Nueva York, por John Bull; de Puerto-Rico, por Juanito. Semblanza de Tamberlick, por Juan Centellas. Actualidades, por Juan Cualquiera. Cartas teatrales, por Juan Particular. Sartenazos. Anuncios. Caricaturas, por Don Junípero.

Numero 55.

Menestra semanal, por Juan Palomo. ¡Noticias frescas. por Juan Perez. Un chorro de cosas, por Juan Cualquiera! Las dos barajas, por Juan Sin-Tierra. Epístola de Nueva York, por John Bull. Semblanza de Chicard, por G. B. Baturrillo venezolano, por Un republicano arrependido. Cartas teatrales, por Juan Particular. Sartenazos. Anuncios. Caricaturas, por Don Junípero.

Numero 56.

Menestra semanal, por Juan Palomo. ¿La sala ó la alcoba? por Juan Diente. Otro rasgo más, por Juan Perez. Las dos barajas, por Juan Sin-Tierra. Semblanza de la Sra. Avellanada, por Julio Nombela. Epístolas: de Nueva York, por John Bull; de Puerto-Rico, por Juanito. Aventura singular, poesía, por Juan Camama. Exposición de pinturas en Madrid, por Carlos Frontaura. Cuestiones de faldas, por Juan de Austria. Sartenazos. Caricaturas, por Don Junípero.

Numero 57.

Menestra semanal, por Juan Palomo. ¡A Matanzas! por Juan Perez. ¿Independencia ó qué?... por Juan Diente. Semblanza de D. Juan Alvarez de Lorenzana, por Julio Nombela. Las dos barajas, por Juan Sin-Tierra. Epístola de Nueva York, por John Bull. Puntos negros, por Juan de Austria. El Miserere del Trovador, poesía, por Juan de las Viñas. Biblioteca española de Ticknor, por M. N. ¡Viva el lujo! poesía, por Mariano Ramiro. Sartenazos. Anuncios. Caricaturas, por Don Junípero.

Numero 58.

Menestra semanal, por Juan Palomo. Armonías políticas, por Juan Perez. Semblanza de Sagasta, por Juan Cualquiera. Las dos barajas, por Juan Sin-Tierra. Epístola de Puerto-Rico, por Juanito. El Monitor (diálogos al aire libre), por Juan de Austria. Biografías, poesía, por Fernando Martínez Pedrosa. Cartas teatrales, por Juan Particular. Sartenazos. Anuncios. Caricaturas, por Don Junípero.

Numero 59.

Menestra semanal, por Juan Palomo. Errores, por Juan de Austria. Armonías políticas, por Juan Perez. Las dos barajas, por Juan Sin-Tierra. Soneto, por Arturo Cuyás. Covadonga, por Juan Centellas. Cartas teatrales, por Juan Particular. Epístolas: de Nueva York, por John Bull; de París, por Federico de la Vega. Sartenazos. Anuncios. Caricaturas, por Don Junípero.

Numero 60.

Menestra semanal, por Juan Palomo. Noche Buena, por Juan Perez. ¿Usted huelga? por Juan de Austria. Cartas teatrales, por Juan Particular. Semblanza de doña Bárbara Turca, por Juan Diente. Epístolas: de Nueva York, por John Bull; de Puerto Rico por Juanito. Las dos barajas, por Juan Sin-Tierra. Nuevo y curioso romance del tremendo fin de un pavo, por Juan Cualquiera. Sartenazos. Caricaturas, por Don Junípero.

Numero 61.

Menestra semanal, por Juan Palomo. Tiempo futuro, por Juan Perez. Género bufo, por Juan de Austria. Las dos barajas, por Juan Sin-Tierra. Epístola de Nueva York, por John Bull. Dos palabras, por Juan Centellas. ¡Que te vaya en bamba! poesía, por Juan de las Viñas. El petróleo, por Juan Cualquiera. Cartas teatrales, por Juan Particular. Sartenazos. Punto.... y aparte. Caricaturas, por Don Junípero.



REDACCION Y ADMINISTRACION:
O'Reilly 54, entre Habana y Compostela.

SEMANARIO SATÍRICO.

DIBUJANTE CARICATURISTA:
Víctor P. de Landaluze (D. Junípero).

Año II. **PRECIOS DE SUSCRICION EN LA HABANA.**
Un mes.....\$ 1,, Un año.....\$ 10,,
Seis meses....\$ 5-25 Núm. suelto.....,, 25

Habana 6 de Noviembre 1870.

PRECIOS DE SUSCRICION EN EL INTERIOR.
Tres meses.....\$ 3-75 Un año.....\$ 12-75
Seis meses.....\$ 7,, Núm. suelto.....,, 30

Núm. 1.

SUMARIO.

Texto.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—El arte de la guerra, por Juan de Austria.—La corona de más ley, por Teodoro Guerrero.—Semblanza de la Emperatriz Eugenia, por Juan Diente.—Primer aniversario, por Juan de las Viñas.—Los Juanes de antaño, por Juan de Juanes.—Epístolas á "Juan Palomo": de Nueva York, por John Bull; de Barcelona, por Serafi Pitarra.—La Habana por la mañana, por Juan Asecas.—Carta en verso de Goyo á Cheita, por Juan Centellas.—Sartezazos.—Advertencias.

Caricaturas.—Por Don Junípero.

MENESTRA SEMANAL.



HORA sí que estoy firmemente convencido de que el equilibrio europeo llegará á ser un hecho consumado.

Ahora sí que por esa maroma tirante, que se llama poder de las naciones, podrá correr la Europa con la velocidad del que corre patines; pero sin peligro de resbalarse y romperse el bautismo; y entiéndase que yo no trato de dar pie á los maliciosos para que sospechen que el peligro de esa rotura no existirá, porque los actuales arregladores del asunto, cuidarán de que la pobre humanidad quede ya con el bautismo bastante roto para evitar las contingencias.

No nace de aquí mi convicción, aunque parezca una extravagancia: nace de que he visto descubierto un nuevo balancin, un contrapeso, que parece ser el remedio extremo, el bálsamo tranquilizador, el último esfuerzo de un talento colosal, la última palabra de la ciencia, la primera sílaba en el lenguaje de los dioses, y perdonen ustedes el modo de señalar.

Hasta ahora nos andábamos con paños calientes; empleábamos remedios empíricos que dejaban al enfermo aletargado, pero no dormido; tranquilo, pero no curado.

Ahora hemos dado ya en el *quid* y la cosa marchará de otra manera.

Todo lo hecho hasta aquí queda nulo: es indispensable empezar de nuevo.

¡Víctimas de Waterlóo, Inkerman, Sebastopol,

Solferino, Sadowa y Sedan, ya tenéis permiso para levantaros de vuestras tumbas, (los que tengáis tumba,) y podeis tomar el camino de vuestras casas, despues de beber un traguito y fumar un cigarro en el ventorrillo mas próximo!

Se os dió la muerte por equivocacion. Todo queda nulo.

¿Quién había de pensar que el mejor sistema para sostener el equilibrio europeo no era hacer una carnicería de vez en cuando?

Hombre; pues si daba gusto aquella *explotendidez* con que se derrochaba la carne humana!

Si todo aquello parecía hecho á pedir de boca.... de cañon!

Y sin embargo, andaban errados (sin equívoco) los directores de la carnicería.

Ocurrió una vez que allá en Oriente, un hombre robusto, casi impermeable, de cordobán, como si digéramos, ó mejor dicho, de piel de Rusia, legítima, trató de forzar el candado con que se cerraba la Puerta Otomana, y aquí fué Troya!

Si esa puerta se abre se pierde el equilibrio, dijeron las naciones; y la puerta fué atrancada con tres barrotes que se llamaban Francia, Inglaterra é Italia.

Y permaneció cerrada: y el equilibrio se mantuvo; porque este equilibrio es todo un caballero, que no se mantiene mas que de carne; de la mas fina; carne de *persona*.

No puede digerir otra cosa. Por eso verán ustedes que aunque en estos negocios siempre hay algun *pez*, nunca las paga; al contrario, cuanto mas *gordo* es, mejor libra el bulto.

Nicolás entónces, Guillermo y Luis ahora,—¡que *pejes!*—quedaron, quedan y quedarán siempre enteros y verdaderos, sin llegar á servir de plato en el festín del equilibrio.

Se mantuvo el equilibrio: porque es lo que ellos decían: "¿este emperador de Rusia que es lo que desea? *europizar* (paso á la palabrita) la Turquía; calzar una bota de charol, en ese pié que el Asia tiene puesto en la Europa; echar á rodar la babucha del musulman. ¡Vaya una ocurrencia! El equilibrio exige que una vez que nosotros usamos sombrero de copa alta, protejamos á los que llevan gorro colorado, y puesto que nosotros creemos que la religion cristiana es la mejor de todas, no consintamos que el Koran se rompa."

Si esta lógica no es bastante fuerte échenle ustedes espíritu de vino.

Y el equilibrio se sostuvo; porque si bien es verdad que el emperador ruso sufrió descalabros de consideracion, y perdió gente, y vió arrasadas algunas de sus ciudades, en cambio el Sultan pudo seguir teniendo todas las mujeres que le diera la

gana, y díganme ustedes cual de las dos es mayor desgracia!

Hubo un dia en que el Emperador de Austria se dejó las patillas demasiado largas, y como esto parecia hacer un alarde de tener más *cañones*... en la cara que los monarcas que sólo usan bigote, le *afeitaron* la Lombardia, el Véneto y algunos estados alemanes.

El equilibrio se afianzó de nuevo; y de pura satisfaccion quedaron rabiando Francia, Italia, Austria, Prusia y toda la Alemania. ¡Mejor que mejor! Con eso habia pretesto para empezar de nuevo la operacion.

Una noche se miró al espejo el rey de Prusia y se encontró tan guapo y tan *sabroso* con su casco, acabado en pico; pero al volver la vista, tropezaron sus ojos con un retrato de Napoleon y se fijó en el sombrero de tres picos.

—Canario! que lujo de picos gasta este hombre. ¡Tres picos! Esto parece indicar que quiere ser el *gallito* de la Europa y como en un gallinero no puede haber más que un *gallo*; está claro que tiene la intencion de llamarnos *gallinas* á todos los demás. El, tres picos y yo, uno: no puede existir equilibrio: se los cortaré.

Y con toda la formalidad de un viejo, lanzó al campo un manifesto y varios hulanos.

"Yo no hago la guerra más que á los Napoleones," dijo, y pidió á los pueblos que conquistaba muchos *napoleones* para continuar la guerra.

Principio homeopático:
Un clavo saco otro clavo.

Y corrió la sangre, como corre la moneda falsa, á disgusto de todo el mundo, ménos del fabricante. Y se moria la gente con su primor de última moda.

Y Napoleon, aunque demostró que sólo tenia jarabe de pico, se quedó sin sus *tres picos* y el equilibrio se salvó, al parecer, regalando un *pico* de gloria á la Prusia, que picó muy alto en la guerra.

¡Tutti contenti!

La tranquilidad de Europa exigía que desapareciera Napoleon, y desapareció.

La cosa iba á convertirse en una balsa de aceite. Tanto que las gentes se ponian los trajes mas usados (el de la *synvelguensería* por ejemplo,) por si caia un lamparon.

La lógica se presenta en excena con un nuevo descubrimiento.

Todo lo hecho hasta hoy, queda nulo.

Atencion.

Si era hasta aqui un inconveniente para el equilibrio europeo el imperio napoléonico, lo mejor para que se sostenga es, que entre de nuevo en París

Luis Napoleon, con toda su parentela, y lo pasado pasado.

Esto dice sobre poco mas ó menos, una carta de Tiegbery que publica el *Diario de Bruselas*, añadiendo que el rey Guillermo trabaja en este sentido.

¡Víctimas de Sedan y de Strasburgo, compráos una caja de fósforos para con su luz ir buscando las canillas, los cráneos y las columnas vertebrales que os arrancaron las ametralladoras: colocad cada hueso en su sitio, y á vivir tropa: todo queda nulo.

¡Majaderos! Ahí estáis haciéndoos los muertos, cuando ya se ha discurrido algo mejor para el arreglo de estos asuntos, que lo que con vosotros se hizo.

Al equilibrio se le aplica hoy el sistema homeopático.

—Usted sabe lo que es la homeopatía? decia un prógimo; pues es lo siguiente: si tiene V. una pena inmensa porque se le ha muerto un hijo, coja V. el otro hijo que le queda y arrojélo al mar.

—Estorbaba un Napoleon, dirá Guillermo, pues ahí vá *Napoleon y medio*; y será consecuente con su dicho.

El equilibrio europeo será un hecho consumado, ó *consumido*; cuestion de una letra.

JUAN PALOMO.

EL ARTE DE LA GUERRA.

¿Habrá llegado ya la humanidad á la perfeccion en el interesante asunto de romperse el bautismo con todas las reglas del arte?

¿Quedaré algo por descubrir después que la ametralladora barre un regimiento y el cañon Krupp recoge la basura que aquella ha barrido, con una gracia y un primor que parece que ya no hay nada más allá?

¿No se conseguirá el modo de comerse hoy hombres crudos, sin que el estómago trabaje en la digestion?

Parece que ya no es posible dar un paso más en arte tan útil á los monarcas en estado de merecer; pero la verdad es, que aún espero yo presenciar maravillas deslumbradoras, hijas de ese talento especial, penetrante y fogoso, con que la naturaleza ha dotado á muchos seres privilegiados.

Caminamos hácia la perfeccion á pasos de gigante.

En los tiempos primitivos; en aquella época feliz en que se hacía una mujer de una costilla, cuando hoy si quiere alguien convertir en su costilla alguna mujer, coge una indigestion que dá por resultado la pérdida total del bolsillo, que se queda enzarzado en las tiendas de modas: en aquellos felices tiempos en que se casaban hermanos con hermanas y nadie tenia que decir, ni que alegar en las amonestaciones: en aquella edad deliciosa en que no se habia inventado aun la fraternidad que hoy se estila, bastó la quijada de un burro para que Cain descargase su mal humor en la persona de su hermano Abel.

Aquella era la infancia del arte. Aquel era un modo, que bien podemos llamar patriarcal, de romperse el bautismo.

Y sin embargo, el matador tuvo unos remordimientos, como no llegará á tener el inventor del fusil de aguja, ni el que hizo el primer disparo en la ametralladora.

Y es que las armas de hoy llegan á tal límite en la perfeccion, que dañan al que van dirigidas y le hacen un beneficio al que las usa; porque le suprimen la conciencia.

La principal ventaja del fusil prusiano, no está ciertamente en hacer cuarenta disparos en un minuto, sino en poner una nube delante de los ojos del vencedor, para que no vea sus destrozos, sino el resultado obtenido.

“La Alsacia y la Lorena, ha dicho un rey que no debe nunca esquivarse, porque tiene palabra de rey, me costarán 300,000 hombres, pero bien los valen.”

El fusil de aguja parece materialmente que mata y entierra á los muertos; pero sin pompa, para que las notas de los *piporros* y los cantos funerales no entristezcan al matador y abran una fuente á la compasion.

¡Bonitos estaríamos si todavíauviésemos que andar á vueltas con la compasion!

Sin embargo, en esta como en todas las cosas, hay sus injusticias, ó si nó, sus equivocaciones.

¿Es la ametralladora el arma que más destrozos ha causado en la guerra actual?

Nó.

La tama ha pregonado ya el nombre del instrumento que más ha contribuido á la destruccion de millares de prusianos y franceses, y sin embargo, la opinion pública no se ha fijado en ese nombre, ni lo ha elogiado como merece, puesto que elogios se dirigen al que mata más en ménos tiempo.

¿Cuál es esa arma?

La mentira.

En los presupuestos del imperio francés venia figurando

todos los años una cantidad exorbitante para compra de material de guerra y para el pago de un ejército numeroso.

El pueblo francés veia y sumaba diariamente esas cifras, y calculaba cuánto era su poder y cuáles sus recursos para armar gresca.

Y la armó.

Y cuando llegaba al terreno de los hechos, vió que no habia tales carneros; es decir, tales armas y tales hombres; y ahora se cuenta públicamente que han perdido la campaña por falta de recursos. Porque aquellos recursos se gastaban en los despilfarros del imperio.

Ayúdeme Vd. á sentir!

Napoleon tiene derecho á decir que el pueblo le indujo á la guerra, y el pueblo puede exponer que fué engañado por Napoleon.

Ergo: la mentira del gobierno es la que ha producido tantas víctimas.

¿Cuánto no ha progresado el arte de la destruccion desde que una quijada mató un hombre, hasta que una mentira ha destruido ejércitos numerosos y ha matado un imperio!

Para destruir las murallas de Jericó bastó una trompeta.

Andese Vd. con trenes de sitio!

Las murallas donde se encerraba todo el poder de una nacion, las ha derribado un *trompeta*.

Pero *trompeta* ya perfeccionado, porque iba vestido de emperador; pero emperador de los tiempos modernos, que se cubre con el manto de la popularidad, cueste lo que cueste y sea fino ó sea barato.

Confesémoslo. El progreso alcanza á todas partes. ¿Quién sabe si la humanidad ha llegado ya á la perfeccion en el interesante asunto de romperse el bautismo!

Quizás nó.

Tal vez podamos ver aún en la próxima guerra, (porque guerra debe siempre haber alguna próxima: ¿de qué serviría si nó el génio de un Chassepot ó de un Krupp?) podamos ver, como digo, una ametralladora reformada; que no sólo acabe con dos regimientos de un sólo disparo, sino que despierte la gratitud en los muertos, porque los convenza de que les acaba de hacer un favor.

JUAN DE AUSTRIA.

LA CORONA DE MÁS LEY.

FABULA.

Cuentan que en una ocasion, cabalgando en el cerbero, vino acá Pedro Botero por encargo de Pluton.

“Pues hoy gozas de mi gracia, le dijo, vés á marchar al mundo; para buscar la mejor aristocracia.”

“Baja aquí tanto malvado, que es un presidio el infierno; quiero fundar un gobierno de solidez, ilustrado.”

No replicó Pedro nada, aunque demostró su asombro; y con la caldera al hombro vino con esa *embajada*.

Pronto el mundo su impaciencia por conocerle mostró, pues su llegada anunció la activa *Correspondencia*.

Movidos del interés, corrieron mil pretendientes, todos vivos, diligentes; mas recibió sólo á tres.

Con el afán de mandar, aunque fuera en el infierno, para obtener el gobierno uno se encargó de hablar.

“Somos ilustres personas; mucho en la tierra valemos; y presentarnos queremos nuestras preciadas coronas.”

El pretendiente primero, que manejaba un tesoro, dió una corona de oro: era un notable banquero.

Un marqués, galante y fino, con aires de gran persona, le presentó su corona pintada en un pergamino.

Y detrás de este y de aquel, siempre en el último puesto, enseñó un vate modesto su corona de laurel.

Pedro Botero intentó buscar el valor real,

y en su caldera infernal las tres coronas echó.

A la accion del fuego, el oro bien pronto se derritió, y el banquero se quedó sin corona y sin tesoro.

El pergamino empapado se deshizo en la caldera, y vió Pedro que aquel era no más que un *papel mojado*.

El vivo fuego, al pasar por encima de las hojas de laurel, las puso rojas, y un nombre se vió brillar.

El laurel cantó victoria; el humo que despedia, derecho al cielo subia: ¡erá el cielo de la gloria!

No cumplió Botero mal su delicada mision, que á su majestad Pluton llevó este informe *oficial*:

“Señor: son todas absurdas las cosas que el mundo encierra, pues no anda mejor la tierra que nuestras pobres zahurdas.”

“Como buen embajador, la sociedad estudié, y en mi caldera encontré la aristocracia mejor.”

“Se vá el dinero, y no queda el menor prestigio al hombre. El título es sólo un nombre: la nobleza no se hereda.”

“¡La gloria es el porvenir! ¿Quién la llega á merecer? —¡Lo que nace con el sér, y sobrevive, al morir!

“Es hijo de la desgracia y hermano del sufrimiento; mas siempre será el talento la primera aristocracia.”

Pluton oyó el parecer. De entónces, en el infierno, cuando hay cambio de gobierno, se llama siempre al saber.

No fies tu valimiento al dinero ó la nobleza; sólo dá lustre y riqueza el prestigio del talento.

TEODORO GUERRERO.

(Madrid, Setiembre de 1870.)

BOCETOS A LA PLUMA.

La Emperatriz Eugenia.

Hé aquí un tipo amable, al cual podemos tributarle justos elogios, sin embargo del alto puesto que ha ocupado y de la intensa desgracia que hoy la abruma. No somos ni amigos ni aduladores de los reyes: su elevada situacion, el boato, la lisonja, la cortesania, la seguridad del poder y la fuerza, no ofrecen ciertamente grandes ventajas para que se desenvuelvan y luzcan las cualidades que más ennoblecen á la humana criatura. De esos personajes que hayan llegado á despertar nuestra admiracion, únicamente recordamos ahora á Marco-Aurelio, Isabel la Católica, Enrique IV y Leopoldo I de Bélgica. Carlo Magno cometió crímenes que empañan su gloria; Carlos Valacínó por su exterior grandioso y su inmensa monarquía; Federico el Grande no tenia fé, ni creencias, ni lealtad; violaba astuta ó descaradamente su palabra para engrandecer sus pequeños dominios. Mucho le debe, no obstante, la libertad, por los rudos golpes que descargó sobre el Sacro Imperio Romano. Carlos III, con su funesto pacto de familia, trajo mil desgracias á España; Napoleon I fué un gran militar, pero tambien una calamidad universal, y Luis Felipe era hábil sin grandeza. Sin las cualidades de Livia y sin los gustos literarios y sérios de la Duquesa de Orleans, la Emperatriz ha prestado cierta dulzura y cierto interés al lamentable reinado de Napoleon III. Su hermosísima figura, su exquisita elegancia, su bondadoso corazon, su amor á los pobres, neutralizaban en parte la sombría figura del monarca del 2 de Diciembre y de la capitulacion de Sedan. Mientras que Napoleon tenia un mirar velado y sin expresion, los brillantes ojos de su esposa despedian rayos de gracia y de ternura. Si el uno era un enigma para su córte, la otra, franca y comunicativa, dejaba pronto conocer su noble alma española.

Eugenia de Guzman y Kirkpatrick nació en la morisca ciudad de Granada, donde Boabdil dirigió su última melancólica

mirada á ese eden de su raza, que proscrita hace más de tres siglos del suelo español, ha dejado una huella indeleble en la civilización hispana, que jamás se borrará. La feraz, la riente Andalucía le ha dado el donaire y la gentileza de las hijas felices de esa tierra. De raza española, corre también por sus venas sangre escocesa, cual lo indican su rubio cabello y su esbelta estatura.

Su padre fué el Conde de Teba, que cuando la invasión de Napoleón, se afilió en ese partido tristemente célebre, conocido por *afrancesado*, que llamaba *canalla* al heróico pueblo español, cuando venciendo al Gigante del Siglo, construía con sus huesos un trono para Fernando, el más ingrato de los reyes. Espronceda ha estigmatizado con versos inmortales á esa vergonzosa falange, que ni el ingenio de Reynoso, ni sus grandes dotes de escritor, podrán nunca disculpar ni mucho menos defender. El Conde de Teba prestó después verdaderos servicios á la causa de la libertad, que ocultan un tanto sus anteriores faltas, sufriendo por eso las persecuciones del monarca ántes mencionado, que compitió en crueldad con Felipe II y Luis XI.

Su madre, que vive aún, es la Condesa de Montijo, dama distinguida, de despejada inteligencia, que ha contribuido poderosamente, por su tacto y habilidad, al engrandecimiento de su hija.

Eugenia pasó sus años escolares en París, en un convento del Sagrado Corazon, donde el catolicismo predomina, de cuya exageración siempre se ha resentido, pero en cambio ha practicado con amor la gran máxima del cristianismo, la caridad, que tanto la ha distinguido y popularizado.

Creció feliz la jóven andaluza en la culta Madrid, donde la casa de la señora de Montijo era el punto de reunion de la sociedad madrileña más distinguida y elegante. Allí competía en gracia y finura con su hermana la duquesa de Alba, llamada la reina de los salones.

De carácter alegre al par que romántico, montaba gallardamente á caballo, amaba con pasión y socorría constantemente á los desvalidos. Mucho gustaba de las corridas de toros, luciendo allí mejor que nadie la elegante mantilla de su patria. Trastornaba los corazones sin ser coqueta, y jamás la maledicencia pública se cebó en su honra. Ni su noble cuna, ni su brillante posición la indugeron á desdeñar al pueblo, que siempre recibía afable y buena.

Cuando Luis Bonaparte se proclamó Emperador, sirviéndose de un senado tan abyecto como el de Tiberio, los concurrentes á la ópera observaban, en uno de los primeros palcos, á dos damas distinguidas, una de arrobadora belleza y la otra revelando, á pesar de sus años, restos de su antigua hermosura. Eran la condesa de Montijo y su hija Eugenia, que si admirada en el teatro, lo era mucho más en traje del siglo XVIII, corriendo tras de un ciervo en las cacerías de Compiègne y Fontainebleau. El corazón frío y seco de Napoleón III apasionóse, no obstante, de aquella gentil española, pero razones de vanidad diferieron su enlace. El novel Emperador deseaba una esposa de régia estirpe, pero las vergonzosas negativas de las princesas Wasa y Hohenzollern ofendieron justamente su dignidad, obligándole á decidirse por un matrimonio de inclinación. Anunció á Francia su boda por un manifiesto, en que elogiando á su futura compañera, habló inconvenientemente de la unión del duque de Orleans.

El 29 de Enero de 1853 se efectuó el matrimonio civil en el palacio de las Tullerías, y al siguiente día tuvo efecto, con gran pompa, la ceremonia religiosa en la gótica *Notre-Dame*. Usaron los mismos coches que empleó Napoleón I para su consagración, y Eugenia llevaba la misma corona que en igual circunstancia adornó la frente de María Luisa. París se colmó de júbilo, y los nuevos esposos fueron fastuosamente festejados. Cuatro mil comerciantes de Londres felicitaron al Emperador, y la Municipalidad quiso regalar á la Emperatriz un aderezo de 600.000 francos, que ella tuvo el buen sentido y la generosa idea de no aceptar, suplicando que se dedicara su valor á obras piadosas.

Aunque educada en una sociedad culta y fina, era enteramente nueva para el encumbrado puesto que comenzaba á ocupar. Lo ha desempeñado, sin embargo, brillantemente, haciéndose amar y respetar de un pueblo tan democrata como el de París. Hapuesto en comunicacion la corte con la sociedad, dándole quizá demasiada importancia al aspecto mundano, y faltándole aquella gravedad de espíritu que tanto distinguía á una ilustre princesa protestante que debió ser reina de los franceses. Anantísima de la elegancia y del lujo, ha impuesto la moda en Francia: sus trajes, de exquisito gusto, han sido copiados ó imitados por casi todas las mujeres. Reinando habiendo nacido lejos del trono, ser reina improvisada en medio de los cortesanos de ayer, ha sido una prueba bien difícil de que ha salido airoso la Emperatriz.

Tres cualidades la han distinguido principalmente durante su reinado: frívola, religiosa y caritativa. Amaba exageradamente las fiestas de la corte, sostenía con entusiasmo el poder temporal del Papa y dedicaba gruesas cantidades á obras de beneficencia.

En 1856, después de la guerra de Oriente, dió á luz un ni-

ño, heredero de la corona imperial, que ha vivido enfermizo y débil; á quien la suerte halagó con grandes esperanzas y que hoy espía, inocente y despreciado, las faltas de su padre. Al menos así el imperio ha presentado dos figuras interesantes en su desastrosa caída: la hermosa y la inocencia.

Durante los últimos días de su poder, cuando su esposo y su hijo estaban en el ejército, y ella de regente en París, se ha distinguido por su tacto, su moderación y su entereza. Intentó, no obstante, que Trochú renunciara á su mando, pero el enérgico breton no quiso voluntariamente acceder á su deseo.

Vino la derrota de Mac-Mahon, la triste rendición de Sedan, y entonces Eugenia de Guzman se elevó á una altura á que nunca había llegado. Cayó digna y valiente. Los miserables cortesanos que ántes la adulaban, la abandonan vergonzosamente en ese supremo momento. El pueblo invadía las Tullerías por la gran reja, mientras que la soberana salía casi sola por una puerta pequeña, entraba en un coche y se dirigía á la estación del Ferro-carril del Norte. Los parisienses respetaron, cual lo merecía, esa ilustre desgraciada. Ni en los momentos de mayor efervescencia se oyeron palabras ofensivas para su antigua bienhechora, que hoy se encuentra en Inglaterra en compañía de su hijo.

La catástrofe ha sido inmensa, tan grande como su inesperada elevación; pero más interesante es ahora en el destierro, después de haberse conducido tan dignamente, que cuando ostentaba en París un lujo oriental.

De ojos azules, de blancura de nieve, de nariz aguilina y boca de rosa, el conjunto indica la bondad de su carácter y la ternura de su corazón. Cuando el cólera diezimaba la población de París, iba personalmente á los hospitales á consolar los enfermos y á infundir valor á los médicos y asistentes. De intachable conducta, honrada y fiel, ha sufrido con paciencia los extravíos de su marido.

No deseamos la restauración del imperio; pero rendimos un tributo de simpatía y de estimación á la distinguida dama española, que en su encumbrado puesto, ha dulcificado en cuanto podía una época triste para Francia.

JUAN DIENTE.

PRIMER ANIVERSARIO.

Cuando la criatura cumple un año, es costumbre pulirla, emperjilarla, mostrarla con orgullo á los parientes, y sobre todo, agasajar á la nodriza.

Nos encontramos hoy en ese caso. JUAN PALOMO llega á su primer aniversario, y usted, señor público, es la nodriza, sin que se ofenda por la comparación, que si no es poética, es nutritiva.

Y digo que es usted la nodriza, porque de usted, y solamente de usted, recibe el alimento, la nutrición, la vida, JUAN PALOMO, periódico independiente, español hasta más adentro de las entretelas del corazón, y que se sostiene sin subvenciones, sin el apoyo moral ni inmoral de ninguna entidad y sin la ayuda de ninguna fracción política. El único sosten de esta publicación es la gran masa de suscritores, como diría un periódico de esos graves, sesudos y que hacen política por lo fino, ó un panadero, que en cuestión de masas debe ser más inteligente que nadie.

Y hay que desengañarse, los suscritores de JUAN PALOMO son las personas más decentes del universo y sus arrabales.

Esto sentado, ó tendido á la bartola, para mayor comodidad, es preciso pasar á la segunda parte, á la del agasajo, y que hablemos con franqueza.

Hablando se entiende la gente.

Hace un año que JUAN PALOMO se echó á la calle—en el buen sentido de la palabra—más alegre que el premio mayor de la lotería y ofreciendo el oro y el moro.

Si ha cumplido ó no ha cumplido lo que ofrecía en el primer prospecto, no he de decirlo yo, que soy modesto, bien educado y temeroso de Dios; pero lo dice á voz en grito el favor siempre creciente que el público nos ha dispensado, y, amigo, ante una prueba tan concluyente, no queda más remedio que bajar la cabeza y resignarse á pasar por héroe ó reventar.

Yo no he de decirte en esta ocasión, suscriptor amable, lo que he hecho: tú lo sabes, lo has visto y te lo has encontrado metido en casa. Te diré, sí, que en este segundo tomo pienso continuar la obra de esplendidez comenzada en el primero. Porque me conviene ser tu amigo, y porque me gusta que te diviertas y gastes poco dinero.

En el prospecto que pronto echarémos á volar por esos mundos, verás los nuevos ofrecimientos y las *primas* y otros parientes que se irán presentando, y por eso no añado una palabra más sobre el particular, aunque sí diré, porque si lo callo reviento, que este SEGUNDO TOMO, se imprime, como véis, con una fundición nuevecita, de letra que ya no es posible presentarla mejor, no siendo de *cambio*.

Y vamos á otra cosa no menos importante.

JUAN PALOMO es ya conocido hasta en el último rincón del

mundo y no tiene necesidad por lo tanto de hacer una nueva profesión de fé.

Más español hoy que ayer y más mañana que hoy: intransigente con los enemigos de la patria y cruel con los laborantes, que es la gentuza que más me carga. Donde resplandece la justicia, allí está JUAN PALOMO con una alabanza; donde se comete un desafuero, allá vá él con una filípica de órdago.

JUAN PALOMO tiene siempre una mano estendida para el bueno y una tranca en la otra para el malo; con que.... mucho ojo!

Y si después de todas estas razones, aún hay alguno que no se convence y deja de suscribirse á JUAN PALOMO, tendremos derecho á decirle:

*Usted no es ná,
usted no es chicha
ni limoná.*

JUAN DE LAS VIÑAS.

LOS JUANES DE ANTAÑO.

ARTÍCULO JOCO-SERIO, CON SUS PUNTAS DE CRÍTICO Y SUS COLLARES DE LITERARIO, DEDICADO A LOS JUANES DE OGAÑO.

Hay hombres predestinados, ha dicho cualquiera. Ergo, hay nombres predestinados, dice un servidor de Vdes. Esto no será lógico; pero puede ser verdadero. Y hé aquí que yo me propongo demostrar que el nombre sonoro y significativo de Juan, Joan ó Iban (*ex quibus pius lector potest elegere unum ad placitum*), nombre de etimología, como quien no dice nada, hebrea, nombre cuya primera raíz es el misterio de Jehovah, y la segunda un verbo cuya significación doy de gracia al lector, y es la de *hacer gracia*, poco más ó menos, *caer en gracia*, entre nosotros ha tocado por suerte á hombres dotados de verdadero gracejo, no de gracejo doblete, que así derramaban sales al rasquear con fácil pluma, como una hija del Bétis al quebrar su lindo talle. Escritores en quienes, siendo genial el donaire, se admira la sátira como arma propia y no prestada; y los cuales supieron así enseñar y deleitar graciosamente al género humano: don concedido á muy pocos. Y no tendré para esto que romperme los cascos. Con echar una rápida ojeada al vasto campo de nuestra literatura, y trazar en dos ó tres rásgos el bosquejo de los Juanes de antaño, que se distinguieron como autores festivos y satíricos, habré dado cima, aunque trine Minerva, á mi tarea. ¡Lástima que sea tan superior á mis fuerzas! Mas de fuera vendrá quien de casa nos echará. ¿Quién sabe si otro Juan más autorizado no utiliza mi idea, y nos dá en el JUAN PALOMO la historia de los Juanes, que sólo asoman aquí la punta de la oreja? ¡Ojalá así sea, para provecho de los lectores del periódico y contentamiento de sus Juanes! Ahora, pecho al agua: y favorézcame don Juan de Espina, que de sus tocayos trato.

No es cosa de risa. ¿Pues no hizo el muy brujco que el primer poeta satírico con quien hociqué de manos á boca, al colarme por las puertas de nuestro Parnaso, fuese todo un Juan? ¿Y un Juan *arcipreste*? Descaperuzéme al punto, y al considerar con ojos de asombro la anchísima presencia y desusado atavío del personaje, di un paso atrás, y hubiera echado á correr escalera abajo, si muy á tiempo no me hubiese trabado de la manga un hombrecillo con calzas, jubon, ropilla y ferreruelo todo negro, y, lo peor, no muy bien agestado, aunque pródigo de cortesías.

—Tá, tá, me dijo con una vocecita cascada, que olía de cien leguas á tumba, y una risilla del otro juéves, eres un tonto. ¿Crees que á mí se me evoca en vano? Ea, no tiembles. Yo soy Espina; y ya sabes que, aunque diga otra cosa la compañía, tuve fama de cumplido caballero.

Yo, por atender á enjugar el sudor, no contestaba; pero el de lo negro, sin cuidarse de ello, prosiguió:

—Estás en el alcázar de las Musas castellanas, y en el departamento señoreado por las Gracias y las Risas. Entrado has por la puerta más antigua; y aquí campan por su respeto, como que tienen ya edad, los escritores del siglo décimo cuarto. El de las hopalandas, que tan donosamente saludaste, es el viejo Juan Ruiz, arcipreste de Hita, que vá por ahí chupándose los dedos al salmodiar su pelea de don Carnaval y doña Cuaresma; cuadro acabado en su clase. Hombre extraordinario, que con una lengua aún muda y una versificación informe, supo elevarse á tanta altura como poeta satírico y moral, que en hecho de verdad, dudo mucho que haya habido después quien le supere.

Quise echar mi cuarto á espadas, y dije tímidamente:

—Más de una vez he oído ensalzar su invectiva contra el poder del oro.

—Pues, amiguito, como esta abundan en el libro de sus cantares.

Ya en esto, paso ante paso, nos entrábamos por otro salón espaciosísimo.

(Continuad.)

JUAN DE JUANES.

LA GRAN PROFECIA DE LA BIBLIOTECA DE S. AGUSTIN EN ROMA.



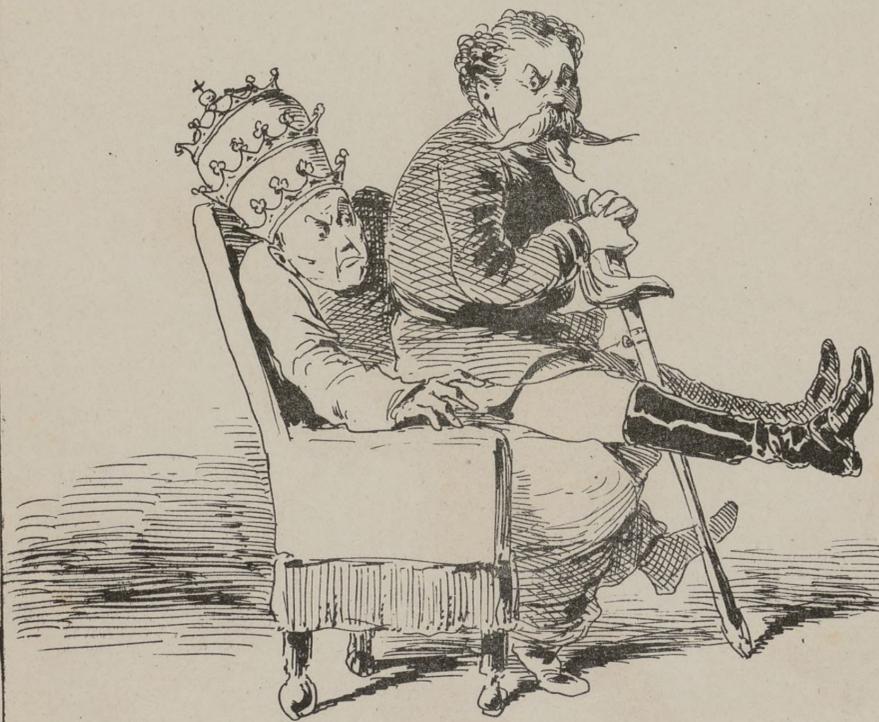
A mediados del siglo XIX se promoverán desórdenes en Europa,



Desaparecerán varios monarcas.



Y varios prelados



El Papa será cautivo de sus súbditos.



Un monarca del Norte vendrá con su armada, movida por Dios, á exterminar á los rebeldes



Y se restablecerá la paz entre las naciones.

EPÍSTOLAS Á "JUAN PALOMO."

NUEVA-YORK, 27 DE OCTUBRE.

¡Felicidades, JUAN PALOMO!

Cuando esta llegue á tus manos, habrás entrado ya en el segundo año de tu existencia.

Nadie podrá echarle en cara que el primero haya sido mal aprovechado.

¡Te has portado como un hombre!

Cuán cierto es que viniste al mundo con la sartén cogida por el mango.

¿Será tal vez por esto por lo que manejas con tanta maestría el mango de la pluma?

Tu precocidad es fabulosa: tu imperturbabilidad fenomenal.

Todo lo oyes, todo lo ves, todo lo sabes: nada se escapa á tu penetración ni á tu mirada de lince.

Siempre afable, con esa eterna sonrisa en tus labios y esa chispeante alegría en tus ojos, te complaces en mirar y presentar las cosas de este mundo por el lado de color de rosa.

Siempre constante, siempre fiel á esos tus amigos que se llaman *suscriptores*, eres puntual en tus visitas semanales, que nunca dejan de producirles contento y regocijo.

Así como el almizcle lleva colgada del vientre la bolsa que contiene ese apreciado perfume, así la naturaleza te ha regalado un saco, de donde mana sin agotarse nunca tu inimitable gracia.

Eres más salado que guiso de cocinera enamorada, más aún que una andaluza del barrio de Triana. A la verdad, pareces la mujer de Lot convertida en estatua de sal, que cuanto más se sacaba, más había.

Como decidor, nada te iguala, ni en gracejo ni en finura; tienes más chistes que Manolito Gazquez, más salidas que el dinero del Erario, más recursos que una mujer casada, más ocurrencias que un día de motín.

Y luego esa valentía, esa sangre fría, esa serenidad que te hace asemejarte al *justum et tenacem propositi virum* que nos pinta Horacio en una de sus Odas.

Ya puede tambalearse el orbe y perder el equilibrio, dando de narices con el primer astro que encuentre en el espacio, que tú permanecerás impávido, celebrando humorísticamente la ocurrencia.

Y cuidado si se ha tambaleado el mundo física y moralmente desde que en él hicistes tu primera aparición.

Recuerdo que en aquella época lo estaba abriendo en canal ese Hércules moderno que llaman *Progreso*, hijo del omnipotente *Trabajo* y de la hermosa *Civilización*.

Desde entonces yo no sé cuántas cosas han pasado desde el uno al otro polo, sucesos extraordinarios, ruidosos, maravillosos, que han alterado notablemente la fisonomía de la tierra, como si ésta quisiese demostrar en su cara el asombro que le causa tanta peripecia.

Los volcanes se han puesto en erupción, los elementos se han desencadenado, la peste ha estado de viaje, el mar se ha tragado una infinidad de buques, la tierra ha temblado en varios puntos, incluso Nueva York, de puro miedo, la guerra y la discordia han asolado la tierra, la muerte ha aplicado el vapor á su guadaña, los tronos bailan, las coronas vuelan, los imperios se apagan como una luz falta de aceite, las naciones juegan á salta la burra, no hay un mapa que pueda servir de aquí á diez años, en el Africa se descubre un criadero de diamantes, colocados allí por la mano de Dios como margaritas echadas á los puercos, ha habido *exposición universal* en todas partes, el diablo y su suegra andan sueltos por el mundo, no así el dinero, que no lo suelta nadie; en Cuba no hay para qué decirlo, vómito, cólera, viruelas, insurrección, diluvios y huracanes, de todo ha habido como en botica, y tú, á pesar de todo, fresco y lozano como una rosa, sacas partido de esos cataclismos para entretener alegremente á tus lectores.

Eso es virtud, eso es magnanimidad, eso es filosofía.

En un año has hecho más que la insurrección de Cuba en dos. Ella celebró su segundo cumpleaños pidiendo limosna: tú celebras el primero haciendo regalos. La diferencia no es mucha: es la misma que existe entre el polo negativo y el positivo de una pila.

¡Y cuántas palizas no has repartido á los mambises en este tiempo!

Del laborantismo no hablo. Antes de que cumplieras un año, has llevado al sepulcro á la Junta Cubana de Nueva York, al Club de la Liga y á la Junta de Filadelfia.

Todas estas *sociedades* se han disuelto, y las que quedan, irán haciendo lo propio.

Son como granadas apiladas, que una vez prendida una, van estallando todas.

El presidente Grant aplicó la mecha, y ya estamos viendo el efecto.

Y doña Emilia, ¿cómo no hablar de ella?

*On revient toujours
à ses premiers amours.*

Te felicita en tus días y te envía una bandera. Es lo único que le queda: "todo lo ha perdido, menos el... amor."

JOHN BULL.

BARCELONA, 9 DE OCTUBRE.

Amigo JUAN: el estado de interinidad que nos aqueja, contagioso á lo que parece, ha infestado cuanto nos rodea, y la misma fiebre no decide el desarrollarse, si bien, interinamente, y esperando sin duda mejor ocasión, hace las víctimas que puede.

Si ese ogro del Norte á quien llaman el rey Guillermo no hubiese venido á vigorizar el pensamiento, dándole por pasto victorias tan radicales y tremebundas como las que ha alcanzado, no habríamos visto en el siglo XIX, próximo á exhalar el último suspiro, nada que de formal tuviese trazas.

Declárase la guerra de Turquía, y firmanse las paces sin que la Rusia pagase siquiera los gastos de la guerra. Abrese la campaña de Italia, y dá por resultado una paz incolora y tibia como la que se firmó en Villafranca. Estalla la gloriosa, que veíamos destinada á producir ópimos frutos, y una interinidad indefinida y mansa es todo el premio de los liberales esfuerzos.

En una palabra: todo indeciso é incompleto; nada indudable y perfectamente delineado, á no ser el toque brillante que el valeroso descendiente de Federico Guillermo ha venido á dar á tan monótono cuadro. De Alemania parte el sólo rayo de luz que nos colora.

A imitación, pues, de todo lo que no ha hecho el rey de Prusia, ha venido la fiebre amarilla á sentar sus reales entre nosotros.

No hay motivo para el extremo y la gran incertidumbre de temor que reina; pero, interinamente, y mientras vemos si el mal se desarrolla, la Audiencia ha sido trasladada á Manresa, ocasionando tan singular medida todas las inconveniencias que, como es natural, ha de reportarnos á cuantos tenemos asuntos y causas pendientes.

No han llegado las cosas al extremo que indican las medidas que deben tomarse; pero, interinamente, y mientras observa la Junta de Sanidad el incremento que irá tomando la epidemia, la tropa ha debido abandonar todos los cuarteles de la ciudad desierta y á los pobres que tenemos una casita en sus alrededores, se nos ha colado un militar puertal adentro, obligándonos á sufrir un alojamiento en casa, mientras las circunstancias duren. ¡Es mucha desdicha la nuestra!

No es que la peste haya tomado las proporciones que los preservativos indican; pero, interinamente, y mientras las autoridades esperan que se desarrollará en grande escala, no tenemos administración, ni tribunales, ni teatros, ni comercio, ni tranquilidad, ni nada de lo que contribuye á la riqueza y bienestar de que en épocas normales tanto goza la ciudad invicta.

Siguen con toda la ferocidad imaginable las precauciones de las poblaciones vecinas á la capital, por el temor de que les llevemos la reinante, y anteayer, en la estación del Empalme, lugar escogido para la cuarentena y fumigación de viajeros y objetos, fumigaron los empleados un saco de cloruro de cal.

Difundióse la noticia, y comentada á su manera por cada periódico, parece, según han menudeado las pullas de la prensa gacetillera, que la única medida del Empalme ha pasado á hacer compañía, por lo ridícula, á las desarrapadas balcantes del conde de Ceste.

Por fin no queda en la Barceloneta ni una sola persona. La Junta de Sanidad imaginó que cuando no hubiese *nadie* en dicho barrio, *nadie* moriría en él; y efectivamente, desde que se ha desocupado por completo, no se cuenta una sola defunción en el apartado que los periódicos le dedican.

Mas como los habitantes de la Barceloneta han ido á Montalegre, parece que, á pesar de las magníficas condiciones del antiguo convento, han muerto ya en él nueve apestados y son veinte los enfermos que interinamente, y mientras piensan si deben morir, presentan todos los síntomas de que son presa de la terrible plaga que creían haber dejado en las calles del infestado barrio.

Un caso singular, y que merece ser mencionado, porque entraña un heroísmo digno de emplearse en mejor causa, es el que se cuenta por dó quiera, tanto porque es extraordinario, como porque, con motivo de la emigración, es lo único que sucede en la Barceloneta.

Es, pues, el caso, que han quedado unos quinientos gatos y otros tantos perros solos en el barrio, y una mujer, que espere pan en épocas normales, único ser viviente que ha quedado entre la gatomaquia, les condimenta una sopa cada día.

Después de algun tiempo, los pobres animales se han acostado á semejanza manera de vivir, que ni uno sólo falta á la hora del rancho que les prepara su espléndida protectora.

Hé aquí una mujer á la que la sociedad benéfica instituida en Londres para proteger la vida de los animales, daría sin duda uno de los primeros premios.

Todo lo indicado que, como ves, es ya tan grave, sucede interinamente, y mientras, según rumores, que yo creo inver-

símiles, ha de venir la gorda más gorda que se ha visto, desde que, para bien de nuestra desdichada patria, las gordas se inventaron.

Esta es que los unionistas van á lanzarse y que las cosas están de ta manera dispuestas, que la escuadra vendrá á bombardear á Barcelona, por resistirse Gaminde á entrar en sus planes.

Esta paparrucha que, interinamente también, y mientras se inventa otra, es la que asusta á los miedosos, pone fin á la epístola con que, si no te complace, prueba al menos que no te olvida tu amigo,

SERAFIN PITARRA.

CUADROS AL NATURAL.

La Habana por la mañana.

En la capital de la perla de las Antillas españolas, la opulenta Habana, como con razón han dado en llamarla las gentes, aunque en animación, elegancia y buen gusto, no ceden en mucho sus habitantes á los de las más bellas y suntuosas capitales, no se observan, sin embargo, muchas de esas costumbres peculiares á las grandes ciudades, y que han dado algunos llamar de *buen tono*, entre las cuales se distingue, quizás como una de las principales, la de retirarse á horas muy avanzadas de la noche, y levantarse, por consiguiente, cuando ya ha transcurrido gran parte del día.

Siendo esta una población eminentemente comercial, y activa en sumo grado, necesitan las gentes empezar sus cotidianas tareas desde las primeras horas de la mañana, y de aquí el hábito de madrugar, y el de acostarse, por consiguiente, si no muy temprano, por lo menos á una hora regular. Las noches son muy agradables en estos climas que alumbrá el sol de los trópicos con sus abrasadores rayos, sobre todo en la estación de los fuertes calores, pero esas mismas brisas, esa misma grata frescura que se disfruta después de la puesta del sol, son tanto ó más frecuentes desde que comienza el día, hasta que los rayos de aquel empiezan ya á brillar con fuerza, trascurridas algunas horas desde la aparición de la aurora. Durante esas horas frescas y saludables, se goza, se vive, se respira con más libertad, y hasta parece que la imaginación se siente más despejada y late el corazón con más alegría. En esas horas podéis ver á las lindas habitantes de esta ciudad,—que durante el curso del día yacen encerradas en sus casas, y si tienen necesidad de salir, lo hacen, por lo regular, en carruaje, por no agitarse y sentir demasiado el calor,—discurrir alegres por las calles, ya con el objeto de hacer sus compras, ya con el de pasear un rato y respirar con libertad las matutinas brisas. En esas horas, si os dirigís hacia la orilla del mar, vereis entrar y salir los barcos con más profusión que en las demás del día, y encontrareis sus aguas puras, transparentes, serenas, y refractando como un espejo los mil tornasolados colores de que se tiñe el cielo de Cuba antes de aparecer el alba por las puertas del oriente. En esas horas, si vais á los paseos, los hallareis animados por la gente.... En esas horas, en fin, hallareis por todas partes más bullicio, más alegría, más solaz que en las demás del día y aún de la noche.

El que no madruga en la Habana, no disfruta de uno de sus más agradables placeres. Sentado este principio, no os extrañará el que os diga que yo tengo por costumbre ponerlo en práctica, y como lo que más debe inducir á madrugar al que, como yo, no tiene que hacer á tales horas, es el deseo de salir un rato á refrescar la frente con las plácidas brisas, y distraer un poco la imaginación con el bullicio y la gente; tengo también por costumbre, apenas abandono el lecho, asearme y vestirme, y lanzarme acto continuo fuera de mi habitación, con rumbo hacia la puerta de la calle. Una vez en ella, me dirijo muchas veces á la ventura, y otras elijo un punto determinado á donde dirigir mi matutino paseo.

Esta mañana, por ejemplo, me despertó la claridad del día, que á través de los dorados cristales, penetraba por la ventana de mi cuarto, y apenas tuve tiempo de ver lo hermosa que se presentaba la mañana, cuando concebí la idea de dar un paseo agradable, y dicho y hecho, me tiré de la cama y me empecé á vestir para salir á la calle.

—Pues, señor, decía yo, con aire de gravedad, mientras me ponía los calcetines, la mañana está bellísima, y ya sé á qué punto dirigir mis pasos. Luisa, la lindísima, la celestial Luisita, me ha dicho que empezaba desde ayer á tomar los baños de mar, y es muy posible, casi evidente, que la encuentre hoy en los de Romaguera. Ella es madrugadora, y estoy seguro que irá temprano. Voy á pasar un rato delicioso al contemplarla vaporosa en su lindo traje de mañana, y fresca como una lechuga, salir del baño con sus cabellos húmedos por el agua, y sus ojos húmedos también de ternura, por la satisfacción que le causará mi presencia.

Hechas estas reflexiones, me acabé de vestir con esmero, puesto que pensaba nada menos que en verla á ella, después de lo cual, salí de casa y me dirijí con paso ligero hacia los citados baños.

Al llegar allá, ví un buen número de coches detenidos de-

lante de la puerta, lo que me anunció que debía haber bastante gente dentro; y aun cuando entre ellos no pude distinguir el gracioso *quitrin* de mi prometida, como era temprano todavía, me figuré que no habría llegado, y dispuesto á esperarla, entré y me senté en una de las sillas que había en el extenso corredor que sirve como de pórtico á los cuartos de baños. En él ví, sentadas también, una multitud de personas, hombres casi todos, que estaban allí esperando á sus familias mientras se bañaban, ó aguardando turno, ó tal vez con el sólo objeto de *hacer tiempo*, costumbre muy usual entre nosotros; pero como eran *ellas*, y no ellos, lo que yo deseaba ver, para *hacer tiempo* también, mientras llegaba Luisa, encendí un cigarro con toda la calma que en estas regiones se usa, y me dispuse á gozar del agradable rato que indudablemente habrían de proporcionarme las muchachas que fueran saliendo y entrando en aquel local.

No tuve que esperar mucho rato, porque á los pocos instantes de estar allí, ví abrirse la puerta de un cuarto inmediato, y por ella salió una buena moza, acompañada de una arrogante *morenita*, que se conoce que también le gustaba refrescarse. Hizo la prieta seña á un cochero de los que fuera se hallaban, y en seguida una magnífica victoria se colocó ante la puerta, y señora y criada se dispusieron á subir. Al ver que nadie daba la mano á la primera, yo, que me precio de galante, iba á hacerlo ya, cuando de entre el corro de pollos salió uno muy almibarado, y después de saludarla, le ofreció su apoyo; ella le aceptó, y yo tuve que contentarme con admirar su lindísimo pié, (pié cubano al fin) cuando le levantó del suelo para alcanzar el estribo. Pocos momentos después partió, y—¡viva la gracia!—me quedé yo diciendo para mi *chaquet*, puesto que no llevaba capote.

No bien se había alejado ese carruaje, cuando por el mismo camino ví llegar una *volante*, y acercarse á la puerta. Creí que sería Luisa, y me levanté, pero me volví á sentar al ver dos señoras graves ó mayores, como ustedes quieran, que se apearon, y entraron á refrescarse también, lo que para *inter nos*, les hacia buena falta, pues estaban ya un poco pasaditas.

A todo esto, yo llevaba fumado ya medio tabaco, y Luisa no parecía, y ya me empezaba su tardanza á impacientar.

Una tras otra, fueron abriéndose muchas puertas, y saliendo muchas señoras de distinto rostro y calidad. Entre ellas, no quiero dejar pasar desapercibida una hermosa trigueña, con unos ojos de... *candela*, que al salir andando me enseñó un pié, que me dió *pie* para una porción de reflexiones de color de rosa, como diría mi amigo don Antonio de Zafra, y tanto me entusiasmó su gracia y gentileza, que ya le iba á decir—Bendita sea usted, ú otra cosa parecida, cuando se levantó un señor muy grave, muy estirado, muy mústio, un viejo verde, en resúmen, y se acercó á ella, y no para ahí la cosa, sino que subió también al coche. Esto me causó así, como curiosidad, y preguntándole á un conocido, supe al momento que era su esposo.—¡Cuernos! ese caballero debe ser un buen hombre, ó un hombre bueno, puesto que le ha aceptado por marido una mujer tan celestial.

Pasó un buen rato, y no salía ni entraba nadie: aquello se iba quedando desierto, mi tabaco se convertía en colilla, y desesperanzado ya de ver á Luisa, me iba á levantar y á marchar, cuando escuché á mi espalda unos lamentos, unos gritos desesperados, y poco después ví abrirse una puerta y salir por ella una mujer alta, flaca, extravagante hasta la exageración, llorando la pobre como una Magdalena. Pasó cerca de mí, y yo me retiré un poco por no tropezar con su nariz, que parecía el chuzo de un sereno, y poco después ví que se acercaba á ella un caballero, sobre poco más ó menos, de la misma estampa, que se afaná en vano por consolarla.

—¡Oh! Tomh! le dijo con voz de lechuga la señora, mi perrito se ahogar... correr tú, pronto, pronto....

—Yés, contestó con imperturbable calma aquel caballero, que parecía un espárrago, dirigiéndose muy despacio hácia la puerta por donde había salido la señora.

—Vamos; estos son dos ingleses, dije yo entre mí; y como los ingleses, dicho sea con perdon, me causan náuseas, me alegré de que se les ahogara el perrito.... ¡Qué atrocidad!

Volvió poco después el caballero hecho una sopa, pero volvió sin el perrito, y entónces fué Troya. La escuálida inglesa, al saber que su *Mary*, este era el nombre del perro, se ahogaba, nos quería arañar á todos, al mismo tiempo que gritaba y gesticulaba desesperadamente, furiosa porque nadie la entendía, en vista de lo cual, y viendo que sus uñas se aproximaban ya á mi cara, como si yo fuera un asesino de perritos ingleses, tuve por conveniente alejarme de allí á pasos agigantados.

Pronto llegué á mi casa, y me encerré malhumorado en mi habitación.

El no haber visto á Luisa me entristeció, y la aventura de la inglesa y su perrito vino á despertar mi *espleen*, que hacía unos días estaba dormido.

Perdóname, lector. Cuando tengo *espleen*, me vuelvo insociable. Otro día tomaré la pluma para darte cuenta de mi segundo pasco.

JUAN ASECCAS.

CORRESPONDENCIA DE LA MANIGUA.

Carta de Goyo á Cheita.

Aprovechando la posta,
Mi siempre querida Chea,
Y el afecto de un compadre,
Laborante por más señas,
Que nos viste y que nos calza
Y además nos alimenta,
Para que sepas de mí,
Te mando la carta esta.
Yo estoy bueno, no lo dudes,
Gracias mil sean á mis piernas,
Ya que ignoran los *patones*
Dónde está mi madriguera.
Pronto seré subprefecto,
O general, como quiera,
Que en la manigua, Cheita,
Se hace muy buena carrera;
Quien no aspira, no respira,
Como dijo una lumbrera
Cuya *luz* dió más mambises
Que dá el mar granos de arena.
Aun no he aceptado el cargo,
Porque está la Europa en guerra,
Y si faltan generales
Pueden mandar una leva,
Sabiendo que aquí los hay
Por cientos, no por docenas.
Y mira, á no ser por eso,
Me comería la breva,
Que un general maniguero
Ni hace nunca centinela,
Ni para robar un toro
Tiene que pedir licencia.
Y apropósito, el servicio
Hoy en libertad me deja,
Y á no venir los *patones*
Te escribiré de carrera,
Que en carreras soy maestro
Y en ellas no hay quien me venza.

Pues como te iba diciendo,
O como decir quisiera,
Aquí estoy como las flores,
¿Qué digo? mejor que ellas.
Sólo siento que me falte
Mi querida *siboneya*,
Sólo siento que estés lejos,
Que estés lejos de mí, Chea.
Sirviendo á Calo Manué
Soy todo un héroe.... de pega,
Y como el pez en el agua,
Estando tú, aquí viviera.
Como y duermo, y no trabajo,
La baraja me recrea,
Las guarachas me entretienen
Y la danza me enajena.
Muchachas, si á hablarte voy
Con mi peculiar franqueza,
Abundan, pero ninguna
Tan linda como tú, Chea.
Una vive en camison,
La otra enseña las piernas,
Esta riñó con el peine,
Aquella con las chancletas;
El pelo suelto, muy suelto,
Tanto como su vergüenza;
La lengua larga, muy larga,
¡Ay, Cheita! más qué lengua!
El matrimonio civil
Las tiene ya muy contentas,
Porque eso sí, es muy sabroso
Ese moderno sistema,
Que espero que tú conozcas.
Cuando á la manigua vengas.
Figúrate que te casas
Y que algún pollo te flecha
O te ofrece dos reales,
O que riñes con tu suegra,
O no baila el cangrejito
Y canta muy mal las décimas
Tu marido, pues divorcio,
Y á otra parte con la huésped.
Ya verás, Cheita mía,
Ya verás lo que es.... ¡candela!
Ven pronto, que en Cuba libre
Hace falta tu presencia.
Supongo que los *patones*
Con mil guayabas te obsequian,

Y vivirás ignorante
De las cosas de la guerra.
¡Caramba! y eso no es justo
No es justo, por San.... espera,
Que en Cuba libre no hay santos
Ni quien en los santos crea.
Aquí seguimos campantes,
Pero hija, de tal manera,
Que los *patones* nos huyen,
Y ninguno nos encuentra.
Esto te dará á entender
Que van á tomar soleta
Con la jaba, el real y medio
Y una muda de las viejas.
Ya se vé, ¡tantos recursos
Tenemos para esta guerra!
La escuadra que nuestros mares
Surca, vale cuanto pesa.
El *Salvador*, *Guanahani*
El *Comanditario*.... espera,
El *Upton*, el *Lilliam*, y otros
Cuyas hazañas atruenan,
Acabarán con la escuadra
Que tienen esos babiecas.
Luego, nuestro bravo ejército,
En cuanto empiece la seca,
Se lanzará con el Remigton,
Quise decir, con la *tea*,
A destruir estas fincas
Para que de hambre se mueran
Los *patones*, y humillados
Hasta nuestras plantas vengán.
Ya verás tú lo que es bueno
Y si hay ó no hay vergüenza.

Garibaldi y Canrobert
Y Bazaine, hacen la oferta,
De darnos toda su ayuda
En cuanto al prusiano vengán,
Para acabar más de prisa
Con esta gente soberbia
Que sólo habla de Pelayo,
Del Cid é Isabel primera,
Olvidándose de Hatuey,
Guatimocin y otras yerbas.
Trescientos mil, por lo ménos,
Zuavos aquí se esperan,
Trayendo ametralladoras
Y unas cuantas menudencias;
Y ¡ay del que nos tosa entónces!
¡Ay del que nos tosa, Chea!
Pero hablando de otra cosa.
¡Estoy hecho una centella!
¿Es verdad lo que me han dicho,
O el comprador se chancea?
¡Dicen que llevas amores
Con un.... ¡hasta me avergüenza!
Español, y en matrimonio
Incivil casarte piensas?
Yo digo que eso es mentira;
¿No bordaste una bandera
Con los retazos de un túnico
Que usó en sus tiempos tu abuela?
¿No pusistes en su centro
Una colosal estrella?
¿No me dijiste, Cheita,
Que aquí á pelear viniera?
Pues entónces, no es posible
Que así á Cuba libre vendas
Y des tu amor á un *paton*
Que ni aun á correr nos llega.
Dime que es mentira, hija,
Desmíentelo pronto, Chea,
Y aguarda que los mambises
Libertemos esta tierra,
O que en alas del deseo
Hasta la manigua vengas,
Para casarte conmigo
Y ser después subprefecto.
Adios; no te canso más.
Mándame árnica y vendas,
Un peine, algunos tabacos,
Un espejo, unas tijeras,
Y aunque tengan muchos *puntos*
Y usadas por tí, unas medias,
Y véte ya preparando
A bordar una bandera
Que llevará á los combates
Tu amante,—Goyo *Juidera*.

Por la copia,—

JUAN CENTELLAS.

SARTENAZOS.

Entre las muchas cosas malas y desagradables, que harán eterna su memoria, ha tenido una buena el mes de Octubre, al exhalar su postrer aliento. Esta ha sido la suerte de hacer eterna, indisoluble, la union de dos seres que se querían entrañablemente y que han ido á fondear, huyendo de las borascas del mundo, en el apacible puerto del matrimonio.

Allí están desde el lunes en la noche, la distinguida y bella Srta. Doña Carlota Pasaron y Sancho, y nuestro querido amigo y director D. Juan Ortega y Gironés, y allí seguirán por mucho tiempo, porque á las virtudes, fino trato y exquisita educacion de la novia, se une la honradez, laboriosidad y constancia de nuestro amigo, y ya saben ustedes que con esas prendas la felicidad es un hecho.

La Iglesia del Cerro, ha sido el templo que escuchó los fervientes votos de los amantes, y el Sr. Canónigo magistral D. Mariano Hernandez Guillen, asistido por los señores párrocos del Cerro y Mariano, el sacerdote que ofició en la ceremonia.

Los padres de la novia, Sra. Doña Camila Sancho y Sr. Coronel D. Benito Pasaron y Lastra, fueron sus padrinos, y testigos del acto los Sres. D. Juan Atilano Colomé, Brigadier D. Eugenio Loño, D. José Almagro, Coronel D. Camilo Feijóo de Sotomayor, Coronel Pueyo y D. Pedro Luis Saez.

Como testigos oficiosos, debemos declarar que si la novia marchaba resplandeciente de belleza, al novio no le faltó ni un punto la serenidad tan necesaria en esos trances.

Terminó la ceremonia con los latines del señor cura, y despues acudimos todos á la hermosa casa morada del nuevo matrimonio, en el barrio del Cerro, y allí tuvimos ocasion de quedarnos bizcos, primero ante los semblantes hechiceros de las damas convidadas, despues abrumados por los obséquios que los padres de la novia y su distinguida y bella hermana, la Srta. Doña Adela Pasaron y Sancho, tributaron á los convidados, obséquios que crecian en valor por la amabilidad y delicadeza con que se hacían. Y los novios.... no estaban para nada, ni para acordarse de nadie, y hacían bien.

La verdad sea dicha: ceremonias de esa clase, felicidad como la de los nuevos esposos, agrado como el de su familia y caras tan bonitas como las que se contemplaron allí, son capaces de convertir en partidarios del matrimonio al más recalcitrante soltero.

Que no me conviden á otra, que no me conviden.... por que me resbalo.

Ah....! pero que se repita la fiesta cuando haya antojos. Y entonces sí que no falto.

Hay en Madrid un círculo de apaleadores, á quien se dá el nombre de *Compañía de la porra*.

Parece que su principal mision es ir á las redacciones á convencer con sus fuertes argumentos á los periodistas. Ahora bien; se dice que ha dejado de publicarse unos dias *El Sufragio Universal*.

¿Será porque la *Compañía de la porra* habrá convencido á sus redactores con la fuerza de sus razones?

Si así fuera, nosotros podríamos decir con verdad,—"no hay mal que por bien no venga."

Los lectores de JUAN PALOMO saben que el distinguido escritor cubano Teodoro Guerrero se prepara á publicar en Madrid sus libros de texto, tan apreciados en esta Isla, enriqueciéndolos con nuevos trabajos; á su amistad debemos una bellísima fábula destinada á las *Lecciones de mundo*, y creemos que ha de estimarse en lo que vale, agradeciendo al autor su regalo, puesto que no ha visto la luz todavía en ningun periódico.

Al leer en la fábula de Guerrero *La corona de más ley*, que publicamos en este número, que á consecuencia de la embajada de Pedro Botero, se conoce hoy en las zahurdas de Pluton la ciencia de gobernar, le ocurre á JUAN PALOMO hacer esta preguntilla inocente:

¿No fuera bueno enviar una embajada al infierno, que estudiara su gobierno, para aprender á mandar?

JUAN PALOMO asistió en la mañana del 3 del actual á la iglesia de Belen, en donde la Comision Central Asturiana mandó celebrar honras fúnebres por el alma de don Hermenegildo del Rato, comandante del batallon voluntarios de Covadonga, y demás oficiales del mismo que han fallecido en esta Isla.

Tambien esta redaccion concurrió en la mañana del 2 al Cementerio general para rogar por el alma del inolvidable Castañon, en donde se celebró una solemne misa y asistieron los Flanqueadores del 1º de Ligeros y una compañía del 7º batallon, con su música, y se depositaron preciosas coronas en la tumba del mártir de la patria.

¡Duerman en paz los restos de los heróicos defensores de la honra de España!

EL CIGARRO.

SONETO.

En las horas de amargo desaliento
En que el hastío al corazón abruma,
Y cual flota en el aire leve pluma,
Divaga sin fijeza el pensamiento;

Tendido perezoso y soñoliento,
Aromático habano el lábio fuma,
Y la que exhala perfumada bruma
El pecho aspira con cansado aliento.

Y al ver del humo en caprichoso giro
Perdese vaga la espiral fragante,
Lanza mi corazón hondo suspiro;

¡Ay! como ella, mi esperanza loca
Humo fué que deshizo en breve instante
Una sola palabra de tu boca.

R. DE MEDINA.

(Habana, 1870.)

En una revista de la guerra franco-prusiana he leído lo siguiente:

"El ala derecha del Emperador estaba cortada: el ala izquierda completamente deshecha."

Pues señor, después de oír esto, me ocurre decirle á Napoleón:

—Perdone Vd.; creí que era Vd. un hombre y no un pájaro.

Montaner, el bravo Montaner, continúa haciendo de las suyas.

Los insurrectos le llaman el *brujo*; JUAN PALOMO le apellida el grande escamoteador de mambises.

Ultimamente ha hecho desaparecer con sus cubiletos, que son de plomo, al *invicto brigadier* Gabriel Fortun y dieziseis compinches más.

¡Bien por el batallon del *Rayo*, escamoteador de *libertadores*!

Gabriel Fortun aspiraba á la presidencia de los *cuberos*, pero se ha quedado á oscuras.

¡Cálo Manué, mucho ojo, que el *Rayo* te sigue la pista!

En la casa de un dentista
entró diciendo Procopio:

—¿Arreglan aquí la boca?

—Sí señor, de varios modos.

—Pues, amigo, le suplico
que la mia arregle pronto,

Pues há tiempo estoy rabiando
de un dolor muy fastidioso....

Cogió en la mano el dentista,
no sé si llave ó sí escoplo,

se acercó, le vió una muela
de carácter sospechoso,

y sin andarse en chiquitas,
le arrancó raíz y todo.

—¿Qué hace usted; hombre, qué hace?

dijo dolorido el otro.

—Arreglarle á usted la boca,
segun me encargó hace poco.

—¿Qué boca, ni qué ocho cuartos;

si es la boca del estómago!

Ha llegado á la Habana el célebre jugador de billar Mr. Kármén.

Se cuentan de él maravillas. Hace carambola teniendo la bola contraria en la cabeza de su adversario.

Dará funciones en los altos del café del *Louvre*, siendo de pago la entrada.

Mr. Kármén ¿no podría V. ir á la manigua y hacer carambola con la cabeza de Céspedes y le pagarémos la funcion á peso de oro?....

Ya dicen los periódicos de la Península que los carlistas se preparan de nuevo para hacer una de las suyas.

Esto de los carlistas vá pareciendo cosa de juego.

Y tanto!

Don Cárlos y su hijo componen un *siete y medio*.

Efectivamente; y hay muchos puntos que se *pasan*.... de tontos.

Trajo al mundo Melchor cara de *mono*,

Y á fuerza de perfumes y *monadas*,

Conquistó la atencion de muchas hadas
En el lago apacible del buen tono.

Una muy *mona*, de envidiable pico.

De viveza y candor raro conjunto,

Es el encanto de tan *mono* chico.

¿Se casarán? No sé; pero barrunto

que si llega al altar tan grave asunto,

Puede la *mona* dar al *mono* un *mico*.

Ya tenemos entre nosotros á la excelente compañía dramática que dirijen Dª Teodora Lamadrid y D. Joaquin Arjona, de la que tan bien nos habla nuestro apreciable colega de

la Península *Gil Blas*, que opina, con razon, que ha de hacer-nos pasar en esta ratos muy agradables.

Inútil creemos manifestar á dicha compañía nuestro sentimiento por la pérdida que durante la travesía ha experimentado de la dama joven, Sra. Granados; pues los que hemos tenido ocasion de apreciar en los teatros de España, las bellísimas cualidades de tan simpática y entendida actriz, no podemos ménos de lamentar amargamente esta desgracia.

Segun tenemos entendido, se piensa dar el juéves próximo la primera funcion, con el magnífico drama *Adriana de Lecouvreur*, en que á tanta altura raya la inimitable Teodora. Desde esa noche nos prometemos pasar, en adelante, una série de ellas agradabilísima.

JUAN PALOMO, que á fuer de verdadero aficionado, no piensa perder una sola funcion, dará todos los domingos una revista teatral, en que se hablará de las principales obras que se representen, tratando con la mayor imparcialidad de su desempeño.

Además, nuestro chispeante caricaturista *Don Junipero* prepara ya su lápiz, para dar á luz en nuestro periódico los *retratos* de todos los actores, para que los conozcan en toda la Isla.

En resumen, creemos que nuestro digno compañero *Gil Blas*, y todos los demás admiradores que tienen estos distinguidos actores en la Península, quedarán del todo satisfechos de la proteccion que sabemos dispensar al mérito *los americanos*.

—Y para almorzar, qué quieres;
le dijo á un chico su madre;
pasado un huevo por agua?
—Ay! no mamá, qué diantre;
pasado por agua, nó;
pasado por el gaznate.

Á NUESTROS SUSCRITORES.

Como ustedes observarán, JUAN PALOMO aumenta desde hoy su lectura sin ofrecimiento prévio y mejora considerablemente su parte material.

De estas sorpresas pensamos ir dando algunas más en lo sucesivo: que no merece ménos la favorable acogida que el público nos ha dispensado.

En uno de los próximos números repartiremos gratis EL INDICE Y LA CUBIERTA correspondientes al primer tomo de JUAN PALOMO, debiendo no olvidar el encuadernador que de portada debe poner la caricatura que acompañaba al prospecto que se repartió el año pasado. Los señores suscritores que hayan perdido ó roto alguno de sus números y quieran reponerlos, podrán reclamarlos en todo el presente mes, en el concepto de que sólo se le cargarán á un real fuerte cada uno ó sea con la rebaja de 50 por ciento de su precio corriente.

Con el número de hoy repartimos la hoja núm. 10 de la FLORESTA HISPANO-AMERICANA correspondiente al mes de Octubre y que con tanto placer acojen nuestras favorecedoras.

Rogamos encarecidamente á los señores agentes y suscritores directos que aparecen en descubierto en nuestra Administracion, se sirvan remitirnos á la brevedad posible los saldos que adeuden, con el fin de que esta oficina pueda liquidar todas las cuentas hasta el 31 de Octubre próximo pasado.

REGALOS PARA EL SEGUNDO AÑO.

Los que ofrecemos para este segundo año, son los siguientes, sobre los cuales daremos más detalles en el nuevo prospecto que se repartirá dentro de breves dias.

El que se suscriba por mes ó por trimestre recibirá GRATIS todos los meses un gran pliego de los primosos dibujos de la

FLORESTA HISPANO-AMERICANA. El que lo sea por seis meses, desde 1º de Noviembre de 1870 á 30 de Abril 1871, recibirá, además de la citada hoja de dibujos, un ejemplar del

ALMANAQUE DE JUAN PALOMO PARA 1871,

político y literario, guason y morrocotudo, escrito expresamente por los primeros literatos de España y Cuba, é ilustrado con un chaparron de preciosísimas caricaturas de actualidad dibujadas por

LANDALUCE Y CISNEROS.

El que habiendo sido suscriptor durante el pasado año, se abone por otro, ó sea desde Noviembre de 70 á Octubre de 71, tendrá derecho, no sólo á la FLORESTA y ALMANAQUE, sino tambien á un ejemplar de la preciosa novela

LA CRUZ DE QUIROS.

la primera que escribió en Francia durante su reciente excursion, el más popular de los novelistas españoles, D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ, que ha sido reproducida en diferentes periódicos de París y traducida á varios idiomas. Esta obra, que consta de 2 tomos en 8º de 170 páginas cada uno, está impresa con lujo, buen papel y encuadernada á la rústica en un sólo volumen. Este regalito, sólo lo recibirán los que hayan sido suscritores al primer tomo de este periódico.— Los NUEVOS, ó sean los que se abonen por primera vez, por todo el año, recibirán en lugar de LA CRUZ DE QUIROS, los diez grandes pliegos de la FLORESTA repartidos desde Enero á Octubre inclusive de este año, con lo cual obtendrán la coleccion completa de 1870.

Me parece que nos hemos explicado con toda claridad y creemos que no habrá duda para nadie de lo que gana el individuo, la familia, el pueblo, la Isla y hasta la nacion suscribiéndose por año ADELANTADO á JUAN PALOMO.

Establecimiento tipográfico de "La Propaganda Literaria," CALLE DE O'REILLY, NUM. 54.